

The book cover features a detailed illustration in a soft, painterly style. It is split vertically by a thin white line. On the left, a man's face is shown in profile, rendered in a warm, brownish-orange hue. On the right, a man with light skin and short, light-colored hair is shown from the chest up, wearing a white clerical shirt with a visible collar. He has a serious, contemplative expression and his right hand is pressed against the white vertical line. The background consists of vertical stripes in shades of beige and light brown.

HASSAN BLASIM

*El loco
de la plaza
Libertad*

Galaxia Gutenberg

EL LOCO DE PLAZA LIBERTAD

HASSAN BLASIM

HASSAN BLASIM

El loco de plaza Libertad

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Galaxia Gutenberg



©Katja Bohm

HASSAN BLASIM

Es poeta, cineasta y autor de relatos cortos. Nació en Bagdad en 1973 y estudió en la Academia de las Artes Cinematográficas de la misma ciudad, donde ganó con dos de sus películas el Academy's Festival Award for Best Work: *Gardenia* (como guionista) y *White Clay* (guionista y director). En 1998 se marchó de Bagdad y fue a Solimania, en el Kurdistán iraquí, donde continuó haciendo películas, incluido el largometraje *Wounded Camera*, con el pseudónimo de Ouazad Osman, pues temía las represalias de la dictadura de Hussein contra su familia, que estaba en Bagdad. En 2004 marchó a Finlandia, donde ha rodado desde entonces numerosas películas y documentales para la televisión finlandesa. Sus historias se publicaron anteriormente en www.iraqstory.com, y sus ensayos sobre cine en *Cinema Booklets*, Fundación Cultural de los Emiratos. El primero de sus relatos en inglés apareció en *Madinah: City Stories from the Middle East* (Comma 2008). Éste es su

primer libro.

El loco de la plaza Libertad es el primer volumen de cuentos de Hassan Blasim, considerado por muchos como el mejor escritor árabe contemporáneo de Acción. Mezclando lo fantasmagórico con lo más descarnadamente real, en un estilo que se ha comparado con el de Roberto Bolaño por su propensión a la comedia macabra, Blasim sumerge al lector en los destinos individuales de quienes vivieron la paranoia institucionalizada del régimen de Sadam Hussein, la guerra de Irak, y la posterior ocupación americana, y de los que tuvieron que emigrar sufriendo el tráfico de seres humanos en los bosques de los Balcanes o las pesadillas al tratar de construir una nueva vida en Europa. Pocas veces se ha narrado la perturbadora verdad de la experiencia de la guerra y de los refugiados como en estos cuentos, escritos por alguien que vivió ese infierno donde ideas como la dignidad humana y la libertad de decisión suelen convertirse en un chiste cruel.

Titulo de la edición inglesa: *The Madman of Freedom Square*

Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.^a 1.^a

00037 Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo 2016

© Comma Press y Hassan Blassim, 2009

www.commapress.co.uk

© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2016

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Ilustración de portada:

Voice II, George Tooker, 1972. Temple al huevo sobre panel de yeso, 44,5 × 29,2 cm. © Estate of George Tooker.

Courtesy of DC Moore Gallery, Nueva York.

Colección de National Academy Museum, Nueva York.

Conversión a formato digital: María García

ISBN Galaxia Gutenberg: 978 84 16495 91 7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mi hijo, Ankido.

LO QUE PASÓ Y LO QUE CONSTA

Cualquiera que haya estado en un centro de acogida de refugiados tiene dos historias: la verdadera y la que se escribe: lo que pasó y lo que consta. Las del segundo grupo son las que cuentan los refugiados recién llegados para obtener el derecho al asilo por causas humanitarias: se escriben en el Departamento de inmigración y se guardan en archivos privados. Las verdaderas se quedan guardadas bajo llave en sus corazones, y ellos las siguen rumiando en secreto. No quiero decir con esto que sea fácil diferenciar ambas historias: se mezclan de tal modo que llega a ser imposible distinguir una de otra, Hace dos días liego a Malmö, al sur de Suecia, un nuevo refugiado iraquí. Le llevaron al centro de acogida y le hicieron unas cuantas pruebas médicas. Le dieron habitación, una cama, una toalla, una sábana, una pastilla de jabón, un cuchillo, cuchara y tenedor y una cazuela, Hoy ese hombre está sentado ante el funcionario de inmigración contando su historia a una velocidad sorprendente, mientras el funcionario le pide que lo haga lo más lento que pueda.

Me dijeron que me habían vendido a otro grupo y parecían muy animados. Se pasaron la noche entera en vela, bebiendo whisky y riéndose. Hasta me invitaron a unirme a ellos y tomar una copa, pero lo rechacé: les dije que era un hombre muy religioso y no podía beber. Me compraron ropa nueva y esa noche me prepararon un pollo para cenar y me sirvieron fruta y dulces. Me había tocado el premio gordo. El líder del grupo incluso derramó alguna lágrima de verdad cuando nos despedimos. Me abrazó como a un hermano.

—Eres un buen hombre. Te deseo lo mejor, y que tengas suerte en la vida
—dijo el hombre que tenía un solo ojo.

Creo que con el primer grupo sólo estuve tres meses. Me habían

secuestrado una noche fría y maldita. Fue a principios del invierno de 2006. Teníamos órdenes de ir hasta el Tigris y aquélla era la primera vez que recibíamos instrucciones directamente del jefe de Urgencias del hospital. A orillas del río había varios policías en pie, junto a seis cuerpos decapitados. Habían metido las cabezas en un saco de harina vacío, que habían dejado junto a los cuerpos. La policía creía que pertenecían, a unos clérigos. Habíamos llegado tarde debido a la intensa lluvia. La policía apiló los cuerpos en la ambulancia que conducía mi colega Abu Salim, y yo me llevé el saco con las cabezas en la mía. Las calles estaban vacías, y los únicos sonidos que rompían el silencio desolador de la noche de Bagdad eran algunos disparos lejanos y el ruido del helicóptero americano que patrullaba sobre la Zona Verde, Fuimos por la calle de Abu Nawas hacia la calle Rashid, conduciendo a velocidad media a causa de la lluvia. Yo me iba acordando de las palabras que solía decir el jefe de Urgencias: «Cuando lleváis aun herido o a un paciente moribundo, la velocidad de la ambulancia muestra lo humanos y lo responsables que sois». Pero cuando lo que llevas en la ambulancia son varias cabezas cortadas no hace falta correr mucho más que un coche fúnebre tirado por muías atravesando un bosque medieval. El jefe se creía un filósofo y un artista, «nacido en el país equivocado», como acostumbraba a decir. A pesar de todo se tomaba su trabajo muy en serio y lo consideraba una especie de obligación sagrada, pues para él ser el responsable de la sección de ambulancias del departamento de Urgencias era algo así como gestionar la línea que separa la vida de la muerte. Le llamábamos Profesor, y mis compañeros le detestaban y decían que estaba loco. Yo sé por qué le detestaban: era por esa manera suya de hablar, tan enigmática y agresiva, que le daba a los ojos de otros aspecto de estar jodido. Pero yo sentía por él un gran respeto, y también afecto, pues contaba cosas hermosas y fascinantes. En una ocasión me dijo: «La superstición y el derramamiento de sangre son la base que sustenta al mundo. El ser humano no es la única criatura que mata por su pan, o por amor, o por el poder. Los animales de la selva también lo hacen, de un modo u otro. Pero el hombre es la única criatura que mata por su fe». Solía envolver sus discursos en un halo teatral; apuntando al cielo declamaba: «El problema de la humanidad sólo se puede resolver mediante el terror constante». A mi compañero Abu Salim le parecía que el Profesor estaba vinculado a algún grupo terrorista, por el Lenguaje violento que utilizaba; pero yo defendía a aquel hombre con lealtad, porque los otros no entendían que era

un filósofo que se negaba a hacer chistes fáciles como los que hacían a diario aquellos idiotas de los conductores de ambulancia. Recuerdo todas y cada una de las frases y de las palabras que dijo, porque a mí me cautivaba y me inspiraba afecto y admiración.

Pero permítanme que vuelva a aquella terrible noche. Cuando giramos en dirección al puente de los Mártires me di cuenta de que la ambulancia que conducía Abu Salim había desaparecido. Por el retrovisor interno vi a un coche de policía que se acercaba a toda velocidad. En medio del puente me eché a un lado. Del coche de policía salieron cuatro hombres con máscaras y uniformes del cuerpo especial de policía. El jefe del grupo me apuntó con La pistola a la cara y me dijo que saliera del vehículo, mientras los demás sacaban de la ambulancia el saco con las cabezas.

«Me están secuestrando y me van a cortar la cabeza», fue lo primero que pensé cuando me ataron y me metieron en el maletero del coche de policía. Tardé sólo diez minutos en darme cuenta de lo que me esperaba. En la oscuridad del maletero recité tres veces los Versos del Trono del Corán, y sentí que la piel se me estaba empezando a levantar. Por algún motivo, en la oscuridad de aquellos momentos pensé en mi peso, unos setenta kilos. Cuando más despacio iba el coche, o cuando más giraba, era cuando más me asustaba yo: cuando empezó a coger velocidad me invadió de nuevo una extraña mezcla de tranquilidad e impaciencia. Quizás en aquellos momentos me venía a la mente lo que había dicho el Profesor sobre la relación entre la velocidad y la inminencia de la muerte. Yo no había entendido entonces qué quería decir, pero le recuerdo diciendo que una persona que está a punto de morir en mi bosque sentirá más miedo que otra que está a punto de morir en una ambulancia que va a toda marcha, porque la primera siente que está sola ante los designios del destino, mientras la otra siente que hay a su lado gente que no le abandona. Recuerdo también que en una ocasión declaró, con una sonrisa: «A mí me gustaría encontrar la muerte en una nave espacial, viajando a la velocidad de la luz».

Imaginé que todos los cadáveres mutilados y sin identificar que había llevado en la ambulancia desde la caída de Bagdad estaban ahora ante mí y, en medio de aquella oscuridad que ahora me rodeaba, veía al Profesor cogiendo mi cabeza cortada de una pila de basura, mientras mis compañeros hacían chistes sucios sobre mi afecto hacia el Profesor. No creo que el coche de

policía fuera muy deprisa durante el trayecto, antes de detenerse por fin, pero al menos no habíamos salido de la ciudad. Traté de recordar el Verso de Rahman, del Corán, pero me sacaron del coche y me llevaron a una casa que olía a pescado asado. Oí llorar a un niño. Me quitaron la venda de los ojos y me encontré en una habitación fría y sin muebles. Entonces tres locos se abalanzaron sobre mí y me pegaron hasta dejarme hecho polvo, y la oscuridad volvió a caer sobre mi.

Al principio me pareció oír cantar a un gallo. Cerré los ojos, pero no podía dormir. Sentía un dolor agudo en la oreja izquierda. Tumbado, me giré con dificultad y me volví hacia la ventana, que habían tapado no hacía mucho. Sentía mucha sed. No era difícil imaginar que me encontraba en una casa de uno de los barrios antiguos de Bagdad. Y la verdad, no sé exactamente qué detalles de mi historia son los que les interesan para obtener el derecho de asilo en su país. Me cuesta mucho narrar aquellos días de terror, aunque quisiera mencionar algunos datos que para mí tienen importancia. Sentía que ni Dios, primero, ni el Profesor en segundo lugar, me abandonarían en aquella dura prueba. Sentía intensamente la presencia de Dios en mi corazón, acrecentando mi paz mental e instándome a tener paciencia. El Profesor me hacía tener la mente ocupada y aliviaba la soledad del cautiverio. Fue mi solaz y mi consuelo. Durante aquellos duros meses recordé lo que el Profesor nos había contado de su amigo Dawoud, el ingeniero. ¿Qué había querido decir con aquello de que el mundo esté interconectado? ¿Y dónde están el poder y la voluntad de Dios en estas cuestiones? Estábamos tomando un té en la puerta del hospital cuando el Profesor dijo: «Mientras mi amigo Dawoud iba en el coche con su familia por las calles de Bagdad, un poeta iraquí afincado en Londres estaba escribiendo un artículo lleno de ira en el que ensalzaba la resistencia; tenía sobre la mesa una botella de whisky para que le ayudara a endurecer su corazón. Y como el mundo está interconectado, interconectado por los sentimientos, las palabras, las pesadillas y otros canales secretos, del artículo del poeta salieron tres hombres enmascarados. Pararon el coche y mataron a Dawoud, a su mujer, a su hijo y a su padre. Su madre estaba en casa, esperándoles. La madre de Dawoud no sabía nada ni del poeta iraquí ni de los hombres enmascarados, pero sabía cómo hay que preparar el pescado para que comieran cuando llegaran. El poeta iraquí se quedó dormido en su sofá de Londres, sumido en el sopor del alcohol, al tiempo que el pescado de la madre

de Dawoud se iba asando en Bagdad, mientras se ponía el sol».

Se abrió la puerta de madera de la habitación y entró un hombre joven, con el rostro pálido y macilento, que venía a traer el desayuno. Me sonrió mientras depositaba ante mí la comida. Yo, al principio, no estaba muy seguro de lo que podía decir y lo que no. Pero de pronto me lancé a sus pies y le imploré, entre lágrimas: «Soy padre de tres hijos, soy un hombre creyente y temeroso de Dios... No tengo nada que ver con la política ni con las facciones religiosas... Que Dios te proteja... Yo no soy más que un conductor de ambulancia... antes de la invasión y después de la invasión... lo juro ante Dios y su noble Profeta». El joven se llevó un dedo a los labios y salió a toda prisa de la habitación. Yo pensé que había llegado mi fin. Bebí la taza de té y recé mis oraciones con la esperanza de que Dios perdonara mis pecados. En la segunda oración me pareció que se me estaba formando una capa de hielo alrededor de todo el cuerpo y estuve a punto de gritar, pero el joven volvió a abrir la puerta: llevaba una pequeña lámpara atada a una peana, y le acompañaba un niño que me apuntaba con un Kalashnikov. El niño se colocó junto a mí sin dejar de apuntarme a la cabeza y desde ese momento no abandonó su posición. Luego entró un hombre gordo de cuarenta y tantos años que no me prestó atención alguna. De la pared colgaba una tela negra con unos versos del Corán donde se instaba a los musulmanes a luchar en la Yihad. Luego entró otro hombre enmascarado que llevaba una cámara de vídeo y un ordenador pequeño, y después otro niño, éste con una mesa de madera también de pequeño tamaño. El enmascarado bromeó con el niño, le pellizcó la nariz y le dio las gracias; puso el ordenador sobre la mesa y empezó a colocar la cámara delante de la pancarta negra. El joven delgado probó tres veces el sistema de iluminación y luego se fue.

—¡Abu Yihad! ¡Abu Yihad!—gritó el hombre gordo.

Del exterior de la habitación llegaba la voz del hombre joven:

—Espera un poco. Tienes razón, Abu Arkan.

Y en ese momento regresó el joven cargado con el saco de las cabezas, que habían sacado de la ambulancia. Todos se taparon la nariz, del olor que salía del saco. El gordo me dijo que me sentara delante de la pancarta negra. Yo sentía las piernas paralizadas, pero el gordo me empujó de muy malos modos, agarrándome por el cuello de la camisa. En aquel momento entró otro hombre, rechoncho y con un solo ojo, y ordenó al gordo que me dejara en paz.

Este último Levaba en la mano un uniforme militar. El tuerto se sentó a mi lado y me pasó el brazo sobre los hombros, como si fuera mi amigo; me pidió que me calmara. Me dijo que no me matarían si me mostraba cooperativo y amable. No entendí del todo qué quería decir con aquello de «amable», Me dijo que sólo serían cinco minutos. El tuerto sacó un trozo de papel del bolsillo y me pidió que lo leyera. Mientras, el gordo iba cogiendo del saco las cabezas ya en descomposición y las iba alineando delante de mí. Yo decía, leyendo del papel, que era un oficial del ejército iraquí y que aquéllas eran las cabezas de otros oficiales; que junto a mis compañeros yo había asaltado casas, violado mujeres y torturado a civiles inocentes; que habíamos recibido órdenes de matar de un oficial de alto grado del ejército estadounidense a cambio de importantes compensaciones financieras. El tuerto me dijo que me pusiera el uniforme y el cámara ordenó a todos los demás que se colocaran detrás de la cámara, Luego vino hacia mí y empezó a toquetear me el pelo, igual que hacen los peluqueros. Después se fue a colocar la fila de cabezas y se colocó de nuevo tras la cámara, gritando:

—¡Vamos, vamos!

La voz del cámara me resultaba familiar, Tal vez me recordaba a la de un actor famoso, o a la del Profesor cuando hacía un esfuerzo exagerado por hablar con suavidad. Después de que grabaran la cinta yo ya no vi más a los miembros de aquel grupo: sólo al joven que me traía la comida, y no me dejó hacer preguntas. Cada vez que traía la comida me contaba un chiste nuevo sobre los políticos y los religiosos. Mi único deseo era que me permitiera comunicarme con mi mujer, porque yo había escondido un dinero por si un día hacía falta en un lugar en el que ni siquiera al genio de la lámpara se le hubiera ocurrido buscar. Pero rechazaron mi petición con vehemencia. El tuerto, líder del grupo, me dijo que dependía del éxito de la cinta que habían grabado, lo cierto es que fue tal que sorprendió a todo el mundo. Al Jazeera difundió la grabación. Me dejaron verla por televisión y ese día dieron todos saltos de alegría, hasta tal punto que el gordo me dio un beso en la cabeza y dijo que yo era un gran actor. Lo que más me enfadó fue el locutor de Al Jazeera, que aseguraba a los espectadores que el canal había constatado con fuentes fiables que la cinta era auténtica y que el Ministerio de Defensa había reconocido que, efectivamente, aquellos oficiales habían desaparecido. Tras el éxito de la emisión comenzaron a tratarme de un modo que puedo calificar

de mejor que bueno... Se tomaron ciertas molestias con mi alimentación y mi cama, y me permitieron darme un baño. Su amabilidad llegó al culmen la noche en que me vendieron al segundo grupo. Los tres enmascarados de este grupo entraron en la habitación y una vez que el tuerto me hubo dedicado una cálida despedida, los nuevos se abalanzaron sobre mí, se liaron a puñetazos conmigo, me ataron y me amordazaron, y luego me metieron a empujones en el maletero de un coche que salió de allí a una velocidad aterradora.

El coche de este segundo grupo iba bastante deprisa. Puede que llegáramos hasta las afueras de Bagdad. Me sacaron en un lugar solitario donde los perros gruñían y se pasaron toda la noche ladrando. Me metieron en un corral de ganado que vigilaban dos hombres por turnos, día y noche. No sé por qué, pero se dedicaron a humillarme y a matarme de hambre. No se parecían en nada a los del primer grupo. Llevaban puestas las máscaras continuamente y nunca hablaban conmigo, ni una palabra. Se comunicaban entre ellos por gestos. De hecho, no se oía ni una voz humana en los alrededores: sólo el ladrido de los perros. Eso fue lo único que oí en el mes que pasé en aquel corral de vacas. Las horas transcurrían en medio de un tedio opresivo, y yo esperaba que sucediera algo, algo que no fuera una cadena perpetua junto a tres vacas. Dejé de pensar en aquella gente, de imaginar a qué grupo religioso o a qué partido político pertenecerían, Y dejé de lamentar mi suerte, aunque sentía que ya había vivido antes lo que me estaba pasando, y que aquel período no duraría mucho. Pero mí sentido del tiempo se había vuelto lento y confuso. Ya no pensaba en intentar una fuga, ni en preguntarles qué querían de mí, Tenía la sensación de que estaba cumpliendo una especie de misión, una obligación vinculante que tenía que llevar a cabo hasta el último aliento, Tal vez había una fuerza secreta que trabajaba en coalición con otra fuerza, humana, en una especie de juego secreto y cuyo objetivo era lograr un fin tan elevado que un hombre como yo no podía entenderlo. Como decía el Profesor, «todo hombre tiene una obligación poética y una obligación humana que cumplir». Pero si aquello era cierto, ¿cómo iba yo a distinguir los límites que separan ambas? No era fácil, porque yo sólo entendía una cosa: cuidar de mi mujer y de mis hijos, por ejemplo, era una de mis obligaciones humanas, mientras rechazar todo sentimiento de odio era una obligación poética. Y entonces me surgía otra duda: ¿por qué decía el Profesor que confundimos ambas obligaciones y que no reconocemos el elemento diabólico que las

impulsa? Porque las obligaciones diabólicas representan la capacidad de parar los pies a un hombre que está empujando a su propia humanidad al abismo, y eso es demasiado para la mente de un hombre sencillo como yo. que apenas había terminado los estudios medios. O al menos eso creía yo.

Lo que estoy diciendo no tiene nada que ver con la solicitud de asilo. Lo que les importa a ustedes es el honor. Si el Profesor estuviera aquí, diría que el horror se encuentra en el más sencillo de los laberintos que brillan en una estrella fría, allá en el cielo que está sobre nosotros. Al final vinieron un día cualquiera, después de medianoche, al corral del ganado. Uno de los enmascarados extendió varias alfombras finas en un rincón. Luego su compañero colgó una pancarta negra con la inscripción «Grupo de la Yihad Islámica, División Iraquí». Luego entró el cámara con su cámara: me sorprendió ver que era el mismo de la otra vez, cuando yo estaba con el primer grupo. Los gestos que hacía con la mano eran los mismos que hacía el primer cámara. La única diferencia fue que ahora se comunicaba con los otros sólo con gestos. Me ordenaron que me pusiera un zaub blanco y me sentara delante de la pancarta negra. Me dieron un trozo de papel y me dijeron que leyera lo que estaba escrito en él: que yo formaba parte del ejército me Mí y que era un famoso asesino, que había decapitado a cientos de suníes y contaba con el apoyo de Irán. Antes de terminar yo de leer, una de las vacas emitió un fuerte mugido y el cámara me dijo que lo leyera de nuevo. Uno de los hombres sacó a las tres vacas y así pudimos terminar de grabarla escena del corral.

Más tarde me di cuenta de que todos los que me compraban me hacían pasar por el mismo puente. No sé por qué. Un grupo me llevó por el puente de los Mártires hacia Karkh, que está en la orilla occidental del Tigris; el siguiente también me llevó por ese mismo puente, pero en sentido contrario: fuimos hasta Rasafa, que está en la orilla este. Pero si continúo con esto creo que no voy a terminar nunca de contar la historia, y me preocupa que digan ustedes lo que han dicho otros cuando la he contado. Así que creo que lo mejor será que la resuma, antes de que ustedes me acusen de inventar cosas. Me vendieron a un tercer grupo. El coche pasó a toda velocidad por el puente de los Mártires, una vez más. Me llevaron a una casa de lujo y, en esta ocasión, mi prisión fue un dormitorio con una cama estupenda y muy cómoda, como ésas que salen en las películas cuando los actores practican sexo. Mis miedos se desvanecieron y yo comencé a captar el concepto de misión secret a

para el que había sido elegido. Me propuse llevar a cabo la misión para no perder la cabeza, pero también decidí que iba a poner a prueba sus reacciones en algunos asuntos. Después de grabar otro vídeo más, donde yo contaba que pertenecía a un grupo islamista suní y describía mi trabajo, que era volar mezquitas y mercados chiítas, les pedí algo de dinero, en pago por mi Labor de actor. Su respuesta inequívoca fue una paliza que no olvidaré en mi vida. Durante el año y medio que duró mi experiencia como secuestrado me Llevaron de un escondite a otro. Grababan vídeos conmigo hablando, contando que era un traidor kurdo, un cristiano infiel, un terrorista saudí, un agente de la inteligencia baazista sida o un miembro de la Guardia Revolucionaria del Irán del zoroastrismo. En todas estas cintas yo asesinaba, violaba, prendía fuegos, ponía bombas y perpetraba crímenes que nadie en su sano juicio podría imaginar. Todas las grabaciones se emitían en canales vía satélite y se difundían por todo el mundo. Expertos, periodistas y políticos se sentaban a discutir lo que yo hacía y decía. Sólo nos salió mal la cosa cuando rodamos un vídeo en el que yo hacía de soldado español, y tenía a mi lado a un combatiente de la resistencia con un cuchillo pegado a mi cuello: exigía que las fuerzas armadas españolas se retirasen de Irak. Todos los canales vía satélite se negaron a difundir el vídeo porque los militares españoles se habían marchado del país hacía un año. Estuve a punto de pagar caro este error: el grupo de secuestradores quería matarme, en venganza por lo que había ocurrido, pero el cámara me salvó con su sugerencia. Para mi último papel en aquella serie de grabaciones tenía una brillante idea: me vistieron con el uniforme de un soldado afgano, me recortaron la barba y me colocaron un turbante negro. Detrás de mí había cinco hombres de pie, y luego trajeron a otros seis chillando y gritando, invocando la ayuda de Dios, del Profeta y de su familia. Cuando yo anuncié que era el nuevo líder de Al Qaeda en Mesopotamia mataron ante mis ojos a todos aquellos hombres como si fueran cabezas de ganado, y comenzaron a amenazar a toda criatura viviente.

Una noche, ya tarde, el cámara me trajo mis ropas y me llevó hasta la ambulancia, que estaba en la puerta. Metieron las seis cabezas en un saco y echaron éste al interior del vehículo. En ese momento advertí los gestos del cámara y pensé que seguramente hacía de cámara para todos los grupos, que podía incluso ser el cerebro de aquel horrible juego. Me senté al volante con las manos temblorosas. Entonces el cámara me dio la orden, sin quitarse la

máscara: «Ya sabes el camino. Cruzas el puente de los Mártires, y al hospital».

Solicito asilo en su país por todo esto: son todos asesinos e intrigantes. Mi mujer, mis hijos, mis vecinos, mis compañeros de trabajo, Dios, su Profeta, el gobierno, la prensa, hasta el Profesor, que yo había creído siempre que era un ángel. Ahora tengo la sospecha de que aquella cámara que trabajaba para todos los grupos terroristas era el mismísimo Profesor. Su lenguaje enigmático no es más que la prueba de su connivencia y su naturaleza vil. Todos me dicen que no es cierto que haya estado ausente durante un año y medio, que volví a la mañana siguiente de aquella noche de lluvia y que esa misma mañana el Profesor me dijo: «El mundo no es más que una hipótesis sangrienta. Todos somos asesinos y héroes». Y que aquellas seis cabezas no prueban nada de lo que estoy diciendo, de la misma manera que no prueban que la noche no se extenderá por todo el cielo.

Tres días después de que esta historia se archivara en los registros del departamento de inmigración se llevaron al hombre que la contó a un hospital psiquiátrico. Antes de que el médico pudiera empezar siquiera a preguntarle por sus recuerdos de infancia el conductor de ambulancias resumió su historia real en dos palabras: «Necesito dormir».

Ésa fue su humilde súplica.

LA GACETA DEL EJÉRCITO

A los muertos de la guerra entre irán e Irak, 1980-88

Iremos al cementerio, al depósito de cadáveres, y pediremos permiso a los guardianes del pasado. Sacaremos desnudo al muerto a los jardines públicos y lo pondremos sobre la plataforma bajo el sol maduro, naranja. Intentaremos colocarle la cabeza en su sitio. Un insecto, una mosca, zumba a su alrededor, aunque lo cierto es que las moscas zumban lo mismo en torno a los vivos que a los muertos. Le rogaremos que vuelva a contarnos la historia. No hace falta patearle las pelotas para que cuente la historia de un modo honesto e imparcial, porque los muertos suelen ser honestos, incluidos los cabrones que se encuentran entre ellos.

*

Gracias, estimado escritor, por apartarme la mosca de la nariz y darme esta oportunidad de oro. Sólo hay una cosa en la que no estoy de acuerdo contigo: al describirme como un cabrón, haces que los lectores me tengan miedo. Déjales que me juzguen ellos, te lo ruego, y no te conviertas en un perro rabioso. Te felicito porque estás vivo, pero no interfieras con la naturaleza de ese animal que eres.

Señoría: hace ahora diez años, es decir, antes de que mi vida llegara a su término, yo trabajaba para una gaceta del ejército. Supervisaba la página cultural, donde se publicaban historias y poemas sobre la guerra. Yo tenía una vida estable, un hijo de corta edad y una esposa fiel que cocinaba bien y que no hacía mucho tiempo se había avenido a chuparme la polla casi siempre que

practicábamos sexo. Debido a mi trabajo en el periódico recibía muchas recompensas y regalos que valían mucho más que mi sueldo mensual. Como podrá corroborar el director del periódico, yo era el único genio capaz de animar la página cultural gracias a mi infatigable imaginación en el arte del combate. Tanto, que hasta el propio ministro de Cultura me elogió, me patrocinó personalmente y me prometió en secreto que se desharía del director del periódico y me nombraría a mí para ocupar su puesto. Yo era genial, pero no tanto. Tampoco era tan cabrón como pretende mostrar el que está escribiendo esta historia. Era un hombre ambicioso y diligente que soñaba con convertirse en ministro de Cultura, nada más. A ese fin dedicaba mis días: hacía mi trabajo honradamente y revisaba, confeccionaba y perfeccionaba mi página cultural con el sudor de mi frente, como lo hace un panadero entregado. No, señoría, yo no era censor, como usted cree, porque los soldados que allí escribían eran más estrictos y más disciplinados que cualquier censor que yo haya conocido en mi vida: escrutaban todas y cada una de las palabras, examinaban todas y cada una de las letras con lupa. No eran tan estúpidos como para enviar a la gaceta piezas lastimeras, quejumbrosas o llorosas. Algunos escribían porque eso les ayudaba a creer que así no les matarían, que la guerra no era más que una historia entretenida que salía en un periódico. Otros buscaban beneficios financieros o de otro tipo. Había escritores que se veían obligados a escribir, pero éstos no me interesan ahora: en este momento no tengo ya remordimiento alguno, ni siento miedo. Los muertos, señoría, no agonizan pensando en sus crímenes, ni añoran ser felices, eso ya lo sabe usted. Si de cuando en cuando escuchamos una opinión diferente, será porque es una exageración política o religiosa sin relieve, un rumor ridículo que no tiene nada que ver con las circunstancias reales del simple muerto.

Pero sí admito que a veces intervine en la estructura y en la composición de aquellas historias y poemas y que intenté, en la medida de lo posible, añadir algún toque imaginativo a las imágenes escritas que nos llegaban del frente. Por amor del cielo... ¿qué sentido tiene, cuando estamos a punto de embarcarnos en una guerra en poesía, que uno diga: «Yo sentía el bombardeo de la artillería caer como una lluvia fuerte, pero no teníamos miedos»? Pues yo tachaba eso y lo reescribía: «Yo sentía el fuego de la artillería caer como un carnaval de estrellas mientras avanzábamos, tambaleándonos como amantes, por el suelo de nuestra madre patria». Éste es un pequeño ejemplo de

mis modestas intervenciones.

Pero esta historia, señorita, alcanzó su punto culminante cuando llegaron a la redacción cinco historias: las enviaba un soldado que decía haberlas escrito en un mes. Cada una de esas historias iba escrita en una gruesa libreta escolar, de éstas con tapas de colores. En la cubierta de cada una de las libretas el soldado había rellenado los casilleros correspondientes al nombre, curso y escuela; cada libreta tenía un nombre diferente y todos los cursos eran de primaria. Todas las historias trataban sobre un soldado cuyo nombre coincidía con el de la cubierta y estaban escritas en un estilo literario sorprendentemente elevado. De hecho, puedo jurar que ante estas historias que leí entonces las mejores novelas del mundo eran simples chorradas, historias vacías eclipsadas por la grandiosidad de lo que había escrito este soldado. Las historias no hablaban de la guerra, aunque sus protagonistas eran, todos ellos, soldados a regañadientes. Eran una exploración transparente y cruel de una serie de animales sexuales realizada desde un punto de vista infantil y satánico a un tiempo. Quién no ha leído esos relatos de soldados, vestidos aún con uniforme de combate, que retozan y se ríen con sus novias en un parque o a orillas de algún río, de soldados que han convertido los muslos de una prostituta en arcos de mármol rodeados por tristes plantas del color de la leche, de soldados que han descrito el cielo con frases cortas y lascivas mientras apoyaban su cabeza en los pechos de mujeres flexibles... mágicos himnos sobre cuerpos que secretaban nenúfares.

Con rapidez y fascinación comencé a investigar en qué frente y con qué unidad militar combatía el autor de aquellas historias. Descubrí que, unos días antes de que se enviaran las historias, el enemigo había lanzado un ataque devastador contra el cuerpo de infantería al que pertenecía el soldado, y su división había sufrido importantes pérdidas, tanto en vidas humanas como en equipamiento. Tenía un compañero que se encargaba de la página de distinciones y condecoraciones de nuestra gaceta, y que cada vez que me veía gritaba: «¡Tienes el cerebro de un tanque, camarada!». Recordé esta descripción suya cuando sentí el fogonazo de la idea tomando forma en los cables dorados de mi cerebro, mientras revisaba aquellos cuadernos milagrosos. Decidí escribir al soldado una carta amenazadora, diciéndole firmemente y con franqueza que iba a ser interrogado por el Partido Baaz y que posiblemente sería enjuiciado y ejecutado, pues sus historias eran una

desviación deliberada y manifiesta del programa del partido en una guerra justa. Me aproveché del miedo eterno del soldado, ampliamente reconocido, para persuadirle de que renunciara a aquellas historias o se disculpara ante mí y me suplicara que destruyera lo que había escrito y le perdonara su terrible actuación, que nunca volvería a repetir. Sólo entonces podría yo decidir qué hacer con aquellas sublimes historias de humanidad. Dudo que cualquier gran novelista pueda soñar siquiera con escribir más de cinco historias que contengan tan alto nivel de inventiva y que combinen el lenguaje real y el de los sueños para acceder al décimo nivel del lenguaje, que es el nivel desde el que se crea el fuego y desde el que, a su vez, se engendran los demonios.

El Cielo no se encontraba lejos: acudió a mi lado a la velocidad del rayo. Una semana después de enviar mi carta a aquel soldado recibí un mensaje de su división, informándome de que había resultado muerto en el último ataque y que nadie de su destacamento había salido vivo. Casi lloro de alegría ante aquel magnánimo regalo que el destino acababa de hacerme cuando, con indescriptible júbilo, volví a leer el nombre del soldado muerto.

Señoría: cinco meses después de publicar la primera historia con mi propio nombre (y después de inventarme un título que destacara), ya estaba yo recorriendo los países del mundo, presentando mi nueva historia en seminarios en los que me apadrinaban los más famosos críticos e intelectuales. Los principales periódicos y las revistas literarias internacionales escribieron sobre mi. Ni siquiera tenía tiempo para atender todas las entrevistas de radio y televisión que me pedían, Los críticos locales escribieron largos ensayos sobre cómo una guerra justa como la nuestra podía inspirar a un hombre tal liberalidad artística, tanto amor, tanta poesía. En las universidades de toda la nación se escribieron muchos proyectos y tesis doctorales: tantos, que los investigadores se dedicaron a la exploración de los conocimientos de poesía y humanidad subyacentes a mi historia. Escribieron sobre la armonía que existe entre las balas y el destino, entre el sonido de los aviones y el balanceo de una cama, entre un beso y un trozo de metralla, entre el olor de la pólvora y el de la vulva de una mujer, aunque la historia no mencionaba la guerra ni de lejos, ni directa ni indirectamente. Cuando volví a mi país me nombraron ministro de Cultura en una magnífica ceremonia, sin problema alguno. Yo no tenía prisa por publicar las cuatro historias restantes, porque la primera aún no había dado todos sus frutos. Cambié a mi esposa, mi casa, mi ropa y mi coche por

otros nuevos que llevaba tiempo codiciando. Puedo decir que rendí homenaje a la guerra y levanté las manos al cielo en gratitud por aquella abundancia, por tantas dádivas que no tenían precio. Y estaba seguro de que, tras la quinta historia, tendría el Nobel de Literatura sobre mi mesa del ministerio. Como suele decirse, se habían abierto las puertas de la felicidad.

Un día llegaron al ministerio tres grandes paquetes procedentes del frente: contenían veinte historias que, al parecer, enviaba el mismo soldado y con el mismo formato. Cuadernos escolares de niños de primaria con el nombre de los soldados donde se contaban historias sobre el amor y el destino. Al principio sentí una confusión tremenda, que no tardó en convertirse en un pánico paralizante. Metí rápidamente los cuadernos en las cajas y pedí al hombre que se encarga de los almacenes del ministerio que me diera las llaves de una de las habitaciones. Y allí guardé las cajas, en el más absoluto secreto, antes de iniciar no pocas e intensas acciones para localizar al soldado. Todos los mensajes llegaron directamente a mi oficina del ministerio, y todos confirmaron que aquel soldado había resultado muerto. Fueron días atroces. Hasta que llegó otra entrega, en esta ocasión de un paquete con el doble de historias, enviadas por el mismo soldado y en el mismo tipo de cuaderno. Y de nuevo en esta ocasión llevé los cuadernos al almacén y añadí nuevos candados a la puerta. Los meses siguientes fueron crueles, señorita: me debatía entre esconder las historias, que seguían llegando a un ritmo sorprendente, y localizar al soldado del que no había ni rastro a lo largo y ancho de todo el frente. Entre tanto se imprimió y publicó la segunda historia, Recibí llamadas del presidente, del ministro de Defensa y otros funcionarios del Estado que ensalzaban mi lealtad y mi genio. Comenzaron a inundar mi despacho del ministerio invitaciones del extranjero. Pero esta vez las rechacé todas, aduciendo que mi país era para mí máspreciado e importante que todos los premios y conferencias del mundo, y que en circunstancias tan duras mi país necesitaba a todos y cada uno de sus hombres de bien. Lo único que yo deseaba era encontrar una solución al problema de las historias, que seguían llegando todas las mañanas en número ingente, como una plaga de langosta: hoy cien, mañana doscientas, y así sucesivamente.

Señorita, casi pierdo mi «cerebro de tanque». Al final conseguí la dirección de la casa del soldado y fui a visitar a su familia para asegurarme de que estaba muerto. Su madre me dijo que ella no se creía que estuviese

muerto. Que lo único que tenía en la frente era un agujero pequeño: la bala de un francotirador. Su mujer me dijo dónde estaba enterrado y le dejé algo de dinero para la familia. Casi todos los almacenes del ministerio estaban abarrotados de cuadernos escolares. ¿Cómo iba yo a explicar al partido y al gobierno que yo había escrito todas aquellas historias, y por qué las escribía en cuadernos de colegio, y por qué todas llevaban el nombre de algún soldado que, aparentemente, estaba en la escuela primaria? ¿Y por qué las almacenaba allí? Había docenas de preguntas, y ninguna tenía una respuesta lógica.

Adquirí unos viejos almacenes de harina a las afueras de la ciudad, por si llegaban más historias. Pagué enormes sumas de dinero a tres empleados del ministerio para que me ayudaran a desenterrar al soldado. Y allí estaba él, con su cuerpo en descomposición y su agujero en La frente. Sacudí el cuerpo varias veces, para asegurarme de que estaba muerto. Le susurré al oído, le grité y le insulté. Le insté a que abriera la boca si podía, o a que moviera el dedo meñique. Pero estaba bastante muerto. De su cuello salió un gusano que iba persiguiendo a otro y luego ambos desaparecieron de nuevo, metiéndose por algún sitio cercano al hombro.

Señoría, tal vez no crea usted esta historia, pero yo juro por su omnipotencia que en cosa de un año los almacenes de harina y los del ministerio se llenaron hasta los topes de historias escritas por aquel soldado. Naturalmente, no me fue posible leerlas todas, pero cogí una de cada lote y, se lo juro, no sólo iban aumentando en número: también eran cada vez más brillantes y creativas. Pero en aquel momento yo temblaba, sentía que si aquel flujo de historias no se detenía, mi fin estaba cerca. Desde luego, removí cielo y tierra con mi investigación, con mis pesquisas. Miré bien en todos los lugares desde los que se enviaban los paquetes: se enviaban a nombre del soldado, pero desde distintos puntos del frente. De él no había ni rastro. Pero no pude continuar mi búsqueda por miedo a ser descubierto.

Regresé a la tumba y quemé el cuerpo del soldado. Me divorcié de mi segunda esposa y abandoné mi puesto de trabajo, no sin antes recibir la ayuda de un psiquiatra que presentó un informe en el que decía que mi salud se estaba deteriorando. Recogí todos los cuadernos que tenía guardados en el ministerio y en los viejos almacenes de harina y compré un terreno agrícola aislado, donde construí un incinerador especial, un gran almacén que rodeé con un alto muro, una habitación y un aseo. Estaba convencido de que las

historias continuarían llegando, ahora a este nuevo emplazamiento. Pero esta vez me encontrarían preparado. Como esperaba, desde la mañana del primer día que pasé en aquella finca estuve muy ocupado, día y noche, quemando aquellos cuadernos de colores con todas sus historias y todos aquellos nombres de soldados con la esperanza de que la guerra terminara de una vez y con ella, aquella efusión de esperma caqui.

Y la guerra terminó, señoría, tras largos años horribles. Pero estalló otra. Ya no tenía más opción que el fuego de la incineradora, señoría misericordiosa y compasiva...

Y ahora, señoría, antes de volver a llevarme al depósito de cadáveres... ya sé que su señoría es omnipotente y omnisciente, que es sabia e imperiosa... pero ¿también usted trabajó una vez para una gaceta del ejército? Entonces, ¿por qué necesitaba usted una incineradora para sus personajes?

EL COMPOSITOR

Jaafar al Mutallibi nació en la ciudad de al Amara. En 1973 se dio de baja del Partido Comunista y se unió al Partido Baaz, que estaba en el poder. Ese mismo año su mujer dio a luz a su segundo hijo. Jaafar era músico profesional tocaba el laúd— y compositor de renombre: era el autor de varias canciones patrióticas. Murió en las revueltas que tuvieron lugar en Kirkuken 1991.

Hoy puedo contarles cómo murió. ¿Ven esa mujer que vocea el precio del pescado? Es mi madre. Llevamos vendiendo pescado desde que regresamos a Bagdad. Permítanme que la ayude a vaciar esa caja de pescado y luego vamos a una cafetería de por aquí, y les cuento.

Al finalizar la guerra entre Irán e Irak mi padre comenzó a proclamar su ateísmo con todo el descaro del mundo, lo que nos ocasionó muchos problemas. Una noche llegó a casa con la camisa manchada de sangre. Parece ser que le había sangrado la nariz porque uno de sus compañeros le había pegado. Estaban jugando al dominó en la cafetería cuando mi padre empezó a soltar por la boca una retahíla de insultos y obscenidades contra Dios y el Profeta. Mientras jugaban, los fue preparando y les puso música. Como saben ustedes, era un compositor muy conocido. Al principio empezó a silbar una tonadilla de estilo militar, pero luego añadió otro insulto: un clavo en el testículo del imán de tu hermana.

Cuando vieron de lo que era capaz la imaginación de mi padre, muchos estallaron en carcajadas; pero no tardaron en apartarse de él y pedir perdón a Dios. Algunos empezaron a evitarle por la calle. Uno le dijo, en broma, que esperaba que le atropellara un camión cargado de acero. Pero en general a todo el mundo le impresionaban sus conexiones con el gobierno. Al día siguiente de que le pegaran escribió un informe, que envió a la sede del partido, donde hablaba de Abu Alaa, el hombre que le había pegado; dos días

después Abu Alaa desapareció. Vivíamos entonces en un barrio llamado Segundo Qadissiya, formado por casas que el gobierno había asignado a oficiales de baja graduación del ejército, gente que se había marchado de las ciudades del sur y el centro del país y familias de kurdos que trabajaban para el régimen. Nosotros éramos la única familia de la vecindad que se ganaba La vida de otra manera. Todas las familias, salvo la nuestra, vivían de un sueldo del ejército, del partido y de los servicios de seguridad, mientras nosotros vivíamos de las canciones patrióticas que componía mi padre. El estatus de mi padre era superior al del alcalde y los miembros de la jerarquía local del partido, porque el propio presidente le había dado, en más de una ocasión, alguna condecoración militar por sus canciones sobre la guerra, canciones que la gente recuerda hasta el día de hoy.

Mira, hermano: voy a abreviar un poco la historia. Un año después de que acabara la guerra mi padre sufrió eso que los periódicos llaman el bloqueo del escritor, y no fue capaz de seguir componiendo música para los muchos poemas que celebraban la grandeza de nuestro presidente y que le enviaban muchos poetas famosos. Pasaron los meses, transcurrió un año, y él seguía sin poder componer una sola tonadilla. ¿Sabe qué hizo en ese tiempo? Se dedicó a escribir poemas breves, depravados, que se mofaban de la religión, a los que luego pondría música. Una cálida noche de invierno estábamos viendo la televisión cuando oímos a mi padre cantando una canción nueva sobre las esposas del profeta y lo casquivanas que eran. De pronto mi hermano mayor se puso en pie, sacó del armario la pistola de mi padre, se abalanzó sobre él y le puso la pistola en la boca. Le hubiera matado de no haber sido por mi madre, que se rasgó el vestido gritando y dejándose al aire los pechos. Mi hermano se quedó transfigurado un instante al ver los pechos enormes de mi madre colgándole sobre el estómago como si fueran las entrañas de un animal que han salido al exterior. Aquélla érala primera vez que le veíamos los pechos a mi madre, si no contamos cuando éramos bebés. Yo me metí en el baño y mi hermano decidió huir de aquella visión largándose de casa. Ella era analfabeta, pero más lista que mi padre, de quien cuidaba de una manera curiosa: le mimaba como si fuera su hijo. Era matrona titulada del distrito de Qadissiya y todo el mundo la apreciaba mucho. Mi padre decidió ir a la sede local del partido a denunciar a mi hermano, pero no le hicieron caso. El nombre de mi padre había empezado a apestar en el vecindario y en los

círculos artísticos. Decían que Jaafar al-Mutallibi se había vuelto loco, y sus viejos amigos le evitaban, fue a Bagdad y presentó una solicitud en una emisora de radio y televisión, para que volvieran a emitir las canciones de guerra que había compuesto, o al menos para que pusieran una por semana. Rechazaron su propuesta y le dijeron que sus canciones eran inapropiadas. Sólo emitían canciones patrióticas dos veces al año: el día del aniversario del estallido de la guerra y el día del aniversario de su fin. Mi padre quería recuperar su pasado y su fama a toda costa. Trató de ponerse en contacto con el presidente, sin conseguirlo. Presentó otra solicitud, esta vez en el departamento de cine y teatro, proponiéndoles La realización de un documental sobre sus canciones y su música, petición que también fue ignorada. Mientras hacía todos estos intentos terminaba de componer la música de diez canciones que insultaban a Dios y a la existencia, así como otra, bellísima, sobre los cuatro primeros califas. Nos dimos cuenta de que se había vuelto loco de remate cuando comenzó a frecuentar los estudios y a intentar convencerles de que grabaran sus canciones, las que se mofaban de la religión. Naturalmente, sus peticiones fueron de nuevo rechazadas categóricamente. Le echaban a la calle y le amenazaban con matarle. Al final mi padre decidió grabar sus propias canciones en casa, en una cinta. Se sentaba frente al cassette y comenzaba a cantar y a tocar el laúd. Naturalmente, la grabación no era de buena calidad, pero se entendía. Nos la puso durante el desayuno, y nos preocupó mucho lo que la gente pudiera pensar de aquella grabación. Intentamos hacernos con ella y destruirla, pero no la sacaba nunca del bolsillo de su chaqueta, y cuando se iba a dormir La metía en otro bolsillo que había cosido a la almohada para ese fin.

Hoy en día no hay necesidad de esconder esa copia, pero la religión ha hecho más progresos de los necesarios, junto con los asesinos y los ladrones. La reacción de la calle podría ser de histeria, pero... ¿por qué no disparamos una bala al aire? Vamos, tú eres periodista: será bueno para ti y para todos. Un joven cantante se ofreció a cantar las canciones y a grabarlas de nuevo en un estudio moderno. Pero yo me negué. Estas canciones tienen que quedarse como las grabó mi padre, tienen que ser la prueba de su aventura. Lo único que se puede hacer es copiarlas. La gente olvida enseguida este tipo de historias. Al cabo de un tiempo se creen que son producto de su imaginación. Nuestro vecino del mercado, por ejemplo. Abu Sadiq, que vende cebollas: cuando

cuenta su historia de la batalla con los iraníes en el río Jassim, parece una película de miedo hollywoodiense que se ha inventado él.

El ejército del gobierno se marchó y las milicias kurdas Peshmerga entraron en Kirkuk. La gente de la ciudad les dio la bienvenida, acogiendo su levantamiento con gran júbilo. El caos era impresionante: había por todas partes fuegos cruzados, cadáveres esparcidos, bailes kurdos y canciones que sonaban por doquier. No tuvimos posibilidad de escapar. Los insurgentes prendieron fuego a todas las casas de los distritos del gobierno y a aquellas donde vivían los miembros del partido. Mataron a los baazistas, a los policías y a los encargados de la seguridad y colgaron sus cuerpos. Nosotros nos quedamos confinados en nuestra casa, y un grupo de hombres jóvenes vino a echar abajo la puerta reforzada del despacho de mi padre. Nos sacaron a la calle para ejecutar la sentencia de muerte que pesaba sobre nosotros. Mi madre se puso de rodillas, rogándoles, pero en esa ocasión no se rasgó las vestiduras, ¿Qué? ¿Mi padre? No, mi padre no estaba con nosotros. Meses antes del levantamiento se había convertido en el loco de la ciudad, y recorría las calles cantando contra Dios con su laúd, al que ya no le quedaba ni una cuerda. En nuestra casa comenzó a arder un fuego y mi madre se cayó, inconsciente, mientras el resto de nosotros nos apoyábamos en el muro de la casa. Umm Tariq, nuestra vecina kurda, apareció en el último momento gritando a los jóvenes y dirigiéndose a ellos en su propio idioma. Luego empezó a rogarles que nos dejaran libres. Les contó lo buena y generosa que era mi madre, cuánto había ayudado a las mujeres kurdas en los partos y cómo había cuidado de las embarazadas. Les contó que mi madre daba pan a los vecinos para honrar a Abbas, el hijo del imán Ali, en tiempos de ayuno, y lo valiente que era mi hermano mayor, que era el mejor amigo de su propio hijo, muerto en batalla junto a las fuerzas Peshmerga durante la campaña de Anfal, que fue él quien había ayudado a su difunto hijo a escapar de Kirkuk (en esto mentía), y que yo era un muchacho pacífico, incapaz de hacer daño a una mosca. Terminó su defensa de mi familia con una nota de indignación; «Ellos no tienen la culpa de lo que ha estado haciendo ese chuloputas de Jaafar al Mutallibi», dijo. Y escupió en el suelo. Fuimos a casa de Umm Tariq y no salimos de allí hasta que entraron en la ciudad las fuerzas de la guardia republicana y se retiraron las milicias Peshmerga. La mayor parte de los insurgentes se fueron con las milicias.

Al final encontramos a mi padre atado a un tractor con una gruesa soga. Le faltaba la cabeza. Lo habían arrastrado por las calles de la ciudad durante un día entero y habían colocado su cadáver de una forma imposible de imaginar. Cuando estaban a punto de ejecutarlo mi padre estaba en las inmediaciones de la sede local del partido, donde los cuerpos de los miembros del partido llenaban el patio. Mi padre entró en el edificio vacío y se dirigió a la sala de información: conocía aquella sala porque era allí donde en tiempo de guerra reproducían sus canciones patrióticas, que se oían por unos altavoces colocados en el tejado. Desde aquellos mismos altavoces los miembros del partido se dirigían al público cuando ejecutaban a alguien por desertar o por ayudar a las milicias Peshmerga. Mi padre colocó la cinta en el cassette y por los altavoces comenzaron a sonar sus canciones, que atacaban a Dios y a la existencia y que oyeron todos los insurgentes. Cuando éstos entraron mi padre estaba sonriendo, abrazado a su laúd. Le sacaron de allí. Perdóneme, amigo: hay un pescadero que trae unos sacos de carpa, así que me tengo que ir. Mañana le contaré un secreto: la relación de mi padre con Umm Tariq, la mujer kurda.

LA VIRGEN Y EL SOLDADO

Al cadáver le habían, metido una botella de whisky por el culo, le habían cortado tres dedos de la mano derecha y le habían hecho otros daños atroces que parecían obra de lobos más que de seres humanos. Era el cuerpo de un hombre de treinta y tantos años. No era una de las víctimas de aquellas matanzas de las sectas que se intensificaron en Bagdad en 2006, aunque fue entonces cuando apareció el cadáver. Puede que alguien le hubiera hincado aquella botella de whisky empujándola con el pie. Puede que se la hubieran insertado con todo cuidado, a propósito. El hombre no era ni un policía, ni un traductor traidor que trabajaba para el ejército de los Estados Unidos, ni un periodista, ni un líder de las milicias: ni siquiera un civil cualquiera. No era más que la víctima de una trama macabra. El cuerpo pertenecía a un hombre que se llamaba Hamid al Sayíd, que había quedado en libertad cuando el gobierno vació la mayor parte de las cárceles, poco antes de la caída de Bagdad en 2003.

Hamid al Sayid habría alcanzado la fama si los periódicos de hace diez años hubieran escrito sobre lo que ocurrió en una fábrica de uniformes militares que pertenecía a la Organización para la Industrialización Militar. Pero en aquel tiempo todas las partes implicadas habían tapado el asunto y cada una de ellas, naturalmente, tenía sus motivos. La postura del régimen de Saddam Hussein era que cualquier acontecimiento que no estuviera relacionado con un asunto nacional de primer orden no pasaba de ser un detalle sin importancia ni peso alguno, y era poco sensato permitir que la gente se interesara por cuestiones que iban a distraer su atención de la verdadera batalla contra la iniquidad de las fuerzas imperialistas y el sionismo, sobre todo en un momento en el que Irak se enfrentaba a un bloqueo económico implacable impuesto por las Naciones Unidas tras la primera guerra del

Golfo. En cuanto a la familia de Hamid, se habían mantenido callados por miedo, primero, y por vergüenza después. El resto de los lobos habían ido siguiendo la pista de Hamid durante los últimos diez años, cuando su hermana mayor vio el cadáver y supo enseguida quién había matado a su hermano menor: los tres dedos cortados eran la pista que desembocaba en la identidad del perpetrador.

La historia se remonta a 1996, y comienza en la fábrica Karama, donde se confeccionaban uniformes militares: allí los inspectores de las Naciones Unidas encontraron a Hamid y a una muchacha muerta en una de las salas de la fábrica. O tal vez comience el último día de trabajo de aquella fábrica de infausto destino, antes de cerrar por vacaciones. Tal vez Dios intervino directamente en los acontecimientos de ese día. tal vez lo que ocurrió fue obra de las fuerzas del mal que habitan el reino de las casualidades, o tal vez todo forma parte de los sucios tejemanejes del ser humano.

Fue un gesto insignificante y amistoso, pero lleno de cautela: aquella forma en que Fatin guiñó un ojo al soldado que pasó junto a ella nervioso, cargado con una pila de papeles. Luego Fatin se inclinó de nuevo sobre la máquina para coser la insignia del ejército un triángulo rojo en el bolsillo del pantalón militar. Al cabo de un rato Hamid al Sayid volvió sobre sus pasos, cruzando la sala de costura desde el centro y hacia la pequeña escalera de hierro que llevaba al segundo piso. Pero en esa ocasión Fatin no le hizo un guiño, porque los ojos de todos eran como cámaras de seguridad. En una fábrica de ese tipo un error se pagaba caro. Aquélla era la modesta guerra personal de Hamid al Sayid. Luego, en su despacho, examinaba las cuentas de la fábrica y oía el ruido de las agujas de las máquinas de coser. Le gustaba Fatin o, como confesó a su querida hermana Sahira, estaba locamente enamorado de ella. Pero hasta el momento no había encontrado la manera de verse con ella fuera de la fábrica. Hamid vivía en Bagdad, en la parte de Rusafa, en el distrito de Shaab, Fatin vivía bastante lejos de allí, en el distrito policial, con sus tres hermanos y las esposas de éstos. Ella debía de tener veintidós años. No estoy seguro de si era la única mujer soltera de la fábrica de Karama. Zainab dice que puede que no hubiera más de cinco en toda la fábrica. Por cierto, el director de la fábrica había sugerido que se cambiara el nombre por el de Factoría Líder de Confección de Uniformes Militares, y había enviado a tal efecto una solicitud oficial por escrito a la Organización para la Industrialización Militar. La

fábrica de Karama iba a cerrar durante un par de semanas por vacaciones, que empezaban al día siguiente. Les dijeron que aquellas vacaciones eran una bonificación que les concedía Su excelencia el ministro. En lo que a Hamid respectaba, los quince días de aquellas malditas vacaciones le iban a parecer un siglo. Cuando él intentaba persuadirla de que se encontraran fuera de la fábrica Fatin siempre le recordaba en sus mensajes a sus hermanos: «Hamid, si mis hermanos se enteran me retuercen el pescuezo como a un pollo. Estás loco. Si no puedo salir ni a la puerta de casa...», decía ella. Hamid no tenía ni idea de cómo iba a sobrevivir a aquellas vacaciones sin la sonrisa de Fatin, que se llevaba consigo a casa todos los días y que seguía contemplando durante horas, hasta que se metía en la cama y la besaba.

Aquel día el director de la fábrica llamó por teléfono a Abu Fadil, el portero. Abu Fadil enseguida envolvió la berenjena con cebollas que estaba comiendo con un papel de periódico y se limpió la boca con la mano. Aquel hombre tendría casi sesenta años, y era de una delgadez tan extrema que parecía que acabara de salir de la tumba. Cogió la primera de las Llaves que se convertirían en blanco de las sospechas. Nadie había visto nunca a Abu Fadil con otros pantalones que no fueran aquéllos, grises; su traje gris y holgado era tan triste como las puertas del casco antiguo. Abu Fadil recordaba los nombres de todas las costureras, lo cual era un notable logro. Era fácil recordar los nombres de los soldados porque sólo había siete en la fábrica: aparte del coronel Zahran, el director, y Abu Fadil, el portero, estaban Hamid y Rahman en la oficina de contabilidad y auditorías, Sadiq y Omar, encargados de supervisar los camiones que recogían los uniformes por la puerta trasera de la fábrica, y el sargento Jassim Khodeir y sus ayudantes, Khalaf y Manvan, El sargento se encargaba del mantenimiento de las máquinas de coser. Los otros asuntos de la fábrica los llevaban mujeres. Pero el coronel Zahran era el único hombre de la fábrica que podía pasar todo el tiempo mirando a las costureras. Se sentaba en una habitación con paredes de cristal que daban directamente a la sala donde trabajaban las mujeres, en el piso bajo. En el segundo piso estaban el despacho de los contables y tres pequeñas habitaciones para almacenar los materiales de costura, próximas a la escalera que bajaba a la planta baja. Era una fábrica pequeña pero con mucho movimiento: su especialidad era confeccionar uniformes sólo para oficiales de alto rango. Hoy en día no es más que un montón de escombros, porque los aviones

estadounidenses la bombardearon antes de la ocupación de Bagdad.

Abu Fadil estaba en el despacho del coronel: se había subido a una silla para descolgar el retrato del presidente, que estaba detrás del escritorio. El coronel le dio un retrato nuevo. En el antiguo el presidente iba vestido con el traje típico árabe, y en el nuevo llevaba el uniforme militar. El coronel dio las gracias a Abu Fadil y cogió un puñado de llaves de uno de los cajones del escritorio. Sacó una llave pequeña y se la entregó a Abu Fadil, que la añadió a su colección y se inclinó respetuoso ante el coronel antes de salir. Si ahora saliéramos a la sala de costura veríamos a «da segunda llave», que es Sabría, la mujer que supervisa el trabajo de las costureras. Sabría circula constantemente por entre las máquinas de coser, y juega con su manojito de llaves mientras observa todo lo que pasa en la fábrica. Nadie soporta a esa Sabría porque es una solterona y una zorra. O al menos eso es lo que dicen las muchachas de la mujer encargada de supervisarlas. Si no fuera por el pelo largo y negro, nada haría pensar que Sabría es una mujer. Eso dice el soldado Rahman, y tiene toda la razón, porque la mujer parece un luchador, un peso pesado. Por cierto: Sabría pertenece a ese pequeño grupo de mujeres de la fábrica que no se cubren el pelo; la mayor parte de las chicas llevan hijab con el uniforme azul oscuro de la fábrica. Sabría es de la generación de los setenta, y aún no se ha adaptada al uso del hijab ni a la creciente tendencia del extremismo religioso. Pero es tremendamente celosa y envidiosa. Con sus ojos de halcón vigila todos los movimientos, todas las risas, todos los susurros que emanan del grupo de costureras.

En el segundo piso nos encontramos con la «tercera llave», que es el soldado Rahman, pero es imposible decir exactamente qué hace. Puede que sea, simplemente, una «llave personal». El soldado Rahman es compañero de Hamid al—Sayid: está con él en la oficina de contabilidad, y Hamid tiene miedo de que Rahman se vaya de la lengua y deje caer algo de su relación con Fatin. Hamid no teme el cautiverio, pero le causa mucha intranquilidad que su reputación pierda lustre a ojos del director, el coronel Zahran, para quien Hamid es el modelo de soldado recto y hombre honrado. El coronel Zahran ha aconsejado a Hamid que piense seriamente en casarse o «completar su formación religiosa», como suele decirse. También le insta a que comience a rezar sus oraciones inmediatamente y se arrepienta ante Dios, porque en este mundo estamos de paso. Hamid se asegura el silencio de su colega ignorando

la costumbre de Rahman de ir cada media hora al lavabo. Rahman se aprovecha de la circunstancia de que los lavabos se encuentran en la planta baja, junto a la escalera: los de mujeres están a la derecha de la escalera y los de hombres a la izquierda. Rahman se regala la vista durante unos momentos contemplando los rostros de las costureras y respira el olor a sudor que sale de sus cuerpos, como si fuera un aroma del paraíso. Rahman va al lavabo y lleva a cabo el mismo ritual en todas las ocasiones: se mira en los bolsillos, saca una caja de cerillas del bolsillo trasero del pantalón, con un cigarrillo entre los labios. De otro bolsillo extrae un retrato al tiempo que deja caer una llave de pequeño tamaño. Luego recoge la llave y prende el cigarrillo. Es la fotografía de una conocida actriz turca, desnuda. Rahman comienza a hacerle el amor con la imaginación, frunce los labios mientras contempla el ojete de la mujer turca y se queda así hasta que el semen empieza a desbordársele por la mano.

Zainab Mansour desliza la suya por la cremallera de los pantalones militares como si fuera un hombre al que está masturbando; luego pega una patada al trasero del pantalón y lo echa a un lado con un gesto teatral, haciendo que el resto de las costureras rompan a reír. Zainab tiene la cuarta llave, y goza de libertad de movimientos por toda la fábrica en virtud de su labor de ayudante de Sabría, la solterona. Zainab es la mejor amiga de la hermana mayor de Rahman, Sahira, y en la fábrica ejerce de mensajera entre Fatin y Hamid. Lleva los mensajes escritos cuando sube a la segunda planta a coger material de costura. Es una muchacha animosa e inteligente, y algunas de las chicas creen que es lesbiana. Aquel día Zainab se rió durante un buen rato cuando oyó al sargento Khodeir hablando de las averías de las máquinas de coser, tan serio que parecía un profesor de biología. Con tranquilidad y confianza, y con cierta irritación, dijo: «La aguja se puede romper más de una vez durante el uso, por una serie de razones: el pie prensatelas puede estar algo desplazado, la bobina puede estar mal insertada, o tal vez están ustedes tirando de la tela con demasiada fuerza. Si el hilo se rompe dentro de la aguja, es que no se desliza bien o la tensión con la que trabaja no es la adecuada. Si los dientes del tensor del hilo están desgastados o sucios, las puntadas no serán uniformes. Aunque las costureras son profesionales, a veces cometen errores de principiantes». Zainab lo escucha divertida, y él le entrega tres llaves sin detener su explicación. Ella se las mete en el bolsillo del uniforme

de la fábrica mientras prosigue la conversación.

Puede que haya otras llaves, pero he elegido éstas por el ritmo de la historia que estaba contando Zainab.

La mañana del primer día de vacaciones de la fábrica de Karama un satélite espía norteamericano estaba orbitando por el espacio exterior, tomando fotos en diversos formatos de aquella pequeña fábrica que tantos problemas causaba al comité de inspectores de las Naciones Unidas, un comité establecido para buscar armas prohibidas por los convenios internacionales. El gobierno trataba de confundir a los inspectores y sólo les permitió visitar la fábrica en una ocasión. En realidad en aquella fábrica no había más que uniformes para el ejército, pero el objetivo del gobierno era hacer creer a los inspectores de las Naciones Unidas que la fábrica se estaba utilizando para fines militares ilícitos. La ubicación de la fábrica, en las afueras de Bagdad, en un terreno baldío y abandonado, contribuyó a alimentar las sospechas. Tal vez la fábrica se había utilizado en otros tiempos con fines militares secretos, pues su diseño original no sugería que se hubiera concebido como fábrica de textiles. Las gruesas puertas de acero que había en las habitaciones de la segunda planta, habitaciones pequeñas y sin ventanas, también levantaban sospechas. Por las losas del suelo de la sala de costura daba la impresión de que aquel lugar se había utilizado como laboratorio, pues parecía un sitio donde el agua se usaba bastante. La carretera asfaltada más cercana a la fábrica quedaba a tres millas de distancia, y había dos puertas principales: una trasera, por donde entraban los camiones, y otra delantera, por la que entraban y salían los trabajadores y donde estaba el puesto de vigilancia de Abu Fadil, el portero, que cerraba el portón con llave al final de la jornada.

Aquella mañana las fotografías que tomaba el satélite americano no detectaron, claro está, los gritos ahogados de la segunda planta. El griterío era apenas audible, pero desesperado. Desde el extremo de un mundo que agonizaba llegaba hasta la sala de costura, que estaba vacía, causando la misma impresión que una deprimente puesta de sol sobre una ciudad abandonada. Fatin gritó y sollozó toda la noche, como un animal torturado. Sollozó y armó un gran escándalo con sus gritos en el almacén de materiales de costura, mientras el soldado Hamid, sentado en un rincón de la habitación, trataba de controlar sus propias manos, que le temblaban como una hoja en

medio de una tormenta.

Mi tía Zainab también lloraba amargamente cada vez que volvía a contar lo que ocurrió aquel día. Acusaba a todo el mundo y pedía a su Dios que la perdonara su desconfianza. Decía:

—Habíamos terminado el trabajo y las chicas se estaban cambiando de ropa. Algunas de ellas se cambiaron rápidamente y se marcharon. Durante la última hora de trabajo yo había pasado a Fatin un mensaje de Hamid en el que él le rogaba que hablara un momento con él. que se encontraran en el segundo piso aprovechando el margen de tiempo que tenían para cambiarse. Fatin había pretextado que necesitaba ir al aseo porque tenía diarrea. Yo creo que Hamid habló con ella unos minutos. Fatin tenía que coger uno de los autobuses en los que regresábamos a la ciudad: es cierto que aquel día la gente iba en los autobuses gritando, riendo y gastando bromas, porque nos habían dado unas vacaciones inesperadas. Pero ¿por qué no se dieron cuenta las compañeras de Fatin de que faltaba ella? Sólo Dios lo sabe. Yo, ya os lo he dicho, iba en otro autobús. ¿Creéis que fue Rahman el que cometió ese crimen? No, no. Es imposible. Rahman no sería capaz de hacer algo así: es demasiado cobarde. ¿Y si el coronel quería vengarse de aquellos dos? Abu Fadil dijo que él no había cerrado con llave las habitaciones de la segunda planta porque nos íbamos de vacaciones, y Sabría lo confirmó. Los almacenes de material de costura se dejaban abiertos, normalmente. Y las vacaciones no iban a durar más que quince días... Entonces, ¿por qué, Señor, por qué no vinieron los inspectores el segundo o el tercer día? ¡Qué mala suerte tuvo, pobre Fatin! Los inspectores fueron a la fábrica dos semanas después de que comenzaran las vacaciones. No hay quien entienda este mundo. Y la gente da miedo.

—¿Por qué no les dijo usted la verdad?

—¿Qué verdad?

—Lo del mensaje. Uno de ellos podría haber adivinado que Fatin y Hamid estaban en la fábrica.

—Cuando los tres hermanos de Fatin vinieron a mi casa y hablaron con mi marido, les conté lo de sus amoríos con Hamid. Todo el mundo pensó que Hamid y Fatin se habían marchado a otra ciudad. Hubo incluso rumores de que se habían fugado del país, juntos.

*

Hamid había cogido de la mano a Fatin, que estaba apoyada en la pared, y trataba de convencerla para que fijaran un día de las vacaciones para verse. Oían las voces de las otras muchachas, que estaban cambiándose. Hamid abrió la puerta del almacén de material de costura, empujó a Fatin al interior del cuarto, y cerró la puerta después de entrar él. En el centro del cuarto había una pila enorme de uniformes militares que no se podían utilizar porque tenían algún defecto de diseño. Lo único que había, aparte de eso, eran cajas con materiales de costura: hilo, tijeras grandes para cortar la tela, y otras menudencias. Hamid comenzó a besarla apasionadamente por toda la cara. Fatin se rindió al placer de los besos y trató de ahogar sus gemidos. Entonces oyó el sonido de unos pasos que se acercaban a la puerta.

El soldado Hamid dice al juez del consejo de guerra que oyó los pasos de alguien que se acercaba por el pasillo, y que él y Fatin se ocultaron bajo la pila de uniformes. Oyeron entonces que los pasos se detenían ante la puerta, que ésta se abría un poco, que aquella persona metía el brazo en la habitación, sin entrar en ella, encendía la luz y luego volvía a apagarla.

—¿Vio usted el brazo de la persona? ¿Era el brazo de un hombre?

—No, yo no vi el brazo,

—¿Cómo supo que no entró en la habitación?

—Lo deduje por la luz que provenía del pasillo.

—¿Qué pasó después?

—Eché la llave y se marchó.

—Ahora dígame, en nombre de Dios, si es que tiene usted un Dios, ¿la violó usted?

—Juro por Dios todopoderoso que yo no la violé. Al tercer día nos estábamos muriendo de sed, y perdí toda esperanza de echar la puerta abajo. Ella me dijo que salir sería más o menos igual que morir allí metidos, íbamos a morir de un modo u otro. Entonces me pidió que le hiciera el amor.

—¿Sabía usted que ella era virgen?

—Sí, lo sabía.

—Escuche: es usted un hombre malvado, un violador, un perro hijo de puta, y tenía que haber muerto de hambre y de sed en aquella habitación. Pero los hombres como usted tienen suerte. Le podría pegar un tiro en la cabeza con

total impunidad. Vivió usted de la carne y de la sangre de una persona muerta. ¿Estaba ella todavía viva cuando cometió usted su segundo crimen horrendo?

—Le juro, señoría, que yo no era consciente de lo que hacía. Llevábamos siete días atrapados en aquella habitación, y Fatin estaba tendida en el suelo, muerta.

—Pero el informe del forense dice que no estaba muerta cuando usted le cortó los dedos.

—Le juro que estaba muerta. En aquel momento yo no tenía fuerzas ni para abrir los ojos, de lo débil que estaba. Tenía hambre y sed: traté de beber un poco de orina, pero...

—¿Pero qué? Se bebió usted su sangre. Asumimos que no es usted de piedra. En fin. ¿Por qué se comió tres de sus dedos? Que Dios le perdone. Quiero decir, ¿por qué no se comió otra parte de su cuerpo?

—Pensé que tal vez los muertos también sienten dolor, y que los dedos sería lo que menos le doliera.

—Hamid al Sayid, ¿cortó usted tres dedos de la mano de Fatin Qasim?

—Sí, señoría

—¿Le cortó los dedos con unas tijeras de sastre?

—Sí, señoría

—¿Se comió usted los tres dedos?

—Sí, señoría Me los comí.

EL LOCO DE PLAZA LIBERTAD

En aquellos días inolvidables, antes de que sucediera el milagro y yo descubriera esa verdad que todos niegan o ignoran, solíamos hacer guardia para proteger la plataforma donde estaban las dos estatuas. Teníamos armamento ligero, tres morteros y siete lanzacohetes. Las personalidades más destacadas y los creadores de opinión habían rechazado la orden del nuevo gobierno de retirar las estatuas, y a nosotros nos habían llegado noticias de que el ejército haría una redada en el vecindario aquella noche. Aunque yo — en lo más profundo de mí— no sentía que aquélla fuera mi guerra, me resultaba mucho más sencillo engañarme que soportar la vergüenza de huir. La batalla podía desencadenarse en cualquier momento, y yo podía perder la vida por aquellos dos jóvenes tallados en piedra que estaban allí plantados en el estrado como si fueran a caerse de bruces. Está claro que el escultor era un simple obrero de la construcción que no tenía ni idea de escultura. Los islamistas fanáticos tenían una fetua: había que retirar todas las estatuas del país porque las estatuas son ídolos y, por tanto, incompatibles con la ley del islam. El gobierno, por su parte, había decidido retirar todo lo que simbolizara al anterior régimen dictatorial. Personalidades destacadas y muchas gentes de la zona opinaban que las estatuas no tenían nada que ver con el anterior régimen ni con las fetuas represivas. Yo no creía en esas tonterías. Mi padre decía que era una batalla simbólica por el destino futuro de la vecindad. Y yo no sabía cómo mi padre, profesor de ciencias de enseñanza secundaria, podía creer tales supersticiones. Naturalmente, hay docenas de versiones de esa historia de las estatuas, pero tal vez sea la de mi abuelo la que más se acerca a la verdad. El toque de realismo de la historia de mi abuelo hacía que los vecinos del barrio parecieran aún más ingenuos, mientras mi intención era mostrárselos como gente amigable, inteligente y generosa.

Aquello era lo que yo pensaba entonces, antes de que mi vida cambiara para siempre.

Quizás lo mejor será que les repita brevemente la versión de la historia que contaba mi abuelo, antes de relatarles lo que me ocurrió la noche de la batalla. Con gran tristeza decía él: «Nadie sabe con precisión cuándo aparecieron aquellos dos jóvenes. Eran de la misma edad, de la misma altura, y tan parecidos como si fueran gemelos. La gente del barrio creyó que venían de las zonas ricas, muy lejos de allí, pero no tenían ni idea de adonde se dirigían. Llevaban una mochila cada uno y sus ropas sugerían que eran adinerados y de buena cuna. Lo que más sorprendía a la gente de la vecindad era su cabello rubio y su piel clara. El distrito Oscuro era uno de los peores de la ciudad, y sus moradores eran esqueléticos y de piel morena, heredada de sus antepasados campesinos. La gente de los alrededores empezó a llamar a aquella zona "el barrio Oscuro" porque era el único al que no llegaba la electricidad. Imagino que era la primera vez que los vecinos veían un visitante de aquella especie.

»Todas las mañanas los dos jóvenes cruzaban el pueblo andando e iban hasta el río; venían de las tierras baldías que separan el barrio Oscuro del barrio de Arbanjíya. Sonreían con ternura y afecto a los crios medio desnudos de la vecindad, y saludaban a los mayores con una ligera inclinación de cabeza que sugería respeto. Evitaban las partes embarradas de las calles con sencillez, sin alharacas y sin mostrar signo alguno de disgusto ni de altanería. Para la gente del barrio eran como ángeles caídos del cielo. Nadie hablaba con ellos, nadie les hacía preguntas indiscretas ni se interponía en su camino, bajo ningún concepto. La vecindad estaba deslumbrada por el aura de luz que irradiaban aquellos dos jóvenes que caminaban con pasos ponderados, condados, como si hubieran aprendido a andar en una escuela privada. Su silencio aumentaba su misterio. Sus modales eran refinados y dignos, pero con un ligero toque de buen humor. Los vecinos de la zona se enamoraron de aquellos dos jóvenes y se acostumbraron a contemplar su aspecto radiante todas las mañanas. Día a día fue aumentando el apego de la gente a aquellos dos guapos jóvenes, y sus idas y venidas se convirtieron en algo parecido a la salida y la puesta del sol. Los niños fueron los primeros en sentirse atraídos hacia ellos. Se reunían por la mañana temprano donde comienza el barrio, y allí esperaban que aparecieran los dos jóvenes, al otro lado de las tierras

baldías. Luego se apostaban unos cromos de Simbad a ver por qué calle llegarían ese día. Cuando llegaban “los rubios” empezaba el delirio de los chiquillos. Los niños se pegaban a ellos y andaban a su lado hasta que llegaban a la otra frontera del barrio; saltaban a su alrededor, reían y tocaban con las puntas de los dedos la ropa de aquellos dos jóvenes, sintiendo una mezcla de miedo y de euforia. Los niños eran aún más felices cuando aquellos dos hombres se inclinaban graciosamente sin dejar de andar, para que los chiquillos les tocaran el pelo. Las niñas se quedaron prendadas de los rubios y pronto dio la impresión de que entre ellos y las gentes del lugar se había establecido un pacto sagrado y secreto.

»Los días pasaban sin que ninguna de las partes se atreviera a romper la barrera de silencio y ambigüedad. Antes del advenimiento de los rubios, para un extranjero hubiera sido un suicidio entrar en aquel barrio. Pero ahora las muchachas asomaban la cabeza por balcones y ventanas para alegrarse ya vista con la belleza de aquellos dos jóvenes y suspirar con el ardor de la pasión juvenil. Tan pronto desaparecían de su vista ellas se sumían en la ensoñación escuchando canciones de amor en la radio. Cuando los rubios se acercaban las chicas sacaban la radio a la terraza con la esperanza de que la emisora pusiera una canción de amor justo en aquel momento; sí era así subían el volumen, como si la canción fuera un mensaje de amor que la muchacha enviaba a través de la radio. La reacción de los dos jóvenes ante todo aquello era de respeto, modestia y amabilidad.

»Pasaron los días con la primera “a” de “pasaron” mi abuelo lanzó un profundo suspiro.

»Murió una anciana —dijo mi abuelo— y nacieron en la vecindad cincuenta niños, todos de madres famélicas y padres desempleados. Pasó el verano y los que venden verduras ganaron más dinero. Las mujeres del lugar atribuyeron al baraka, o poder espiritual de los rubios, el hecho de que sus maridos, que trabajaban todos ellos barriendo las calles o como conserjes en los colegios del centro, hubieran recibido un aumento de sueldo. Los maridos que se habían mostrado excéntricos ante la barata de aquellos dos hombres rubios dejaron enseguida de burlarse cuando el gobierno decidió instalar el tendido eléctrico al empezar el invierno. Ante tantos signos de barata las mujeres pusieron en marcha una campaña para plantar flores junto a las puertas, para que los rubios pudieran oler su fragancia cuando realizaban su

angelical trayecto por el barrio Oscuro. En cuanto a los hombres... se dedicaron a rellenar los baches de los caminos para que no se formaran charcos y los rubios no tuvieran que evitarlos.

»Se vio una chispa de esperanza en los rostros de la gente, y así salió a la luz su color natural, aquel que en el pasado se había cubierto con esa capa de mugre que da la tristeza y la infelicidad. Todos empezaron a cuidar de que los niños estuvieran limpios, les confeccionaron ropa nueva y les dijeron que tenían que ser corteses con los rubios. Les enseñaron una canción muy bonita que hablaba de los pájaros y de la primavera, para que la cantaran cuando vieran a los rubios.

»Para reforzar aquella veneración y aquella fe se nombró enseguida a un hombre del barrio para que ocupara un importante cargo en el gobierno. El hombre prometió pavimentar las calles y llevar hasta allí la conducción de agua potable. Los jóvenes le pidieron que llevaran también las líneas del teléfono al barrio Oscuro, y recuerdo incluso lo que hizo la gente cuando averiguaron que un grupo de maleantes estaban

planeando atacar a los rubios en las inmediaciones del río. Tuvieron una discusión en casa del alcalde y advirtieron a los maleantes que si seguían adelante con su plan los expulsarían del barrio, a ellos y a sus familias. Los maleantes se quedaron quietos.

»No habían transcurrido más de dos años desde la aparición de los rubios y todos los deseos se habían hecho realidad, igual que suceden los milagros en las historias de mitos y leyendas. Las solteras mayores se casaron, las calles embarradas se empedraron, todo el que tenía una enfermedad crónica se curó, la mayoría de los niños aprobaron sus exámenes, y eso que antes los resultados habían sido vergonzosos... Pero aún hubo un milagro mayor, y es que la monarquía fue derrocada gracias a un golpe de estado a cargo de unos cuantos heroicos militares con el apoyo del pueblo. No había duda de que tanta fortuna y tanta felicidad se debían a la presencia de los rubios. Desde su llegada la armonía y el amor habían reinado entre los vecinos del barrio, y la enemistad y la violencia prácticamente habían desaparecido. Y hubo alguna otra cosa buena, también nueva: que las escuelas se hicieron mixtas —con los niños y las niñas en la misma clase— y que el gobierno construyó un hospital cerca del barrio y yo podía vender garbanzos en la puerta. El gobierno hizo luego una cosa muy lógica: cambió el nombre del barrio. De barrio Oscuro

pasó a llamarse barrio Florido. El nuevo nombre se decidió cuando un funcionario del gobierno visitó la vecindad y presentó un informe en el que mencionaba la cantidad de flores que había en el distrito, y lo limpio que estaba. Además, prácticamente todas las casas habían instalado línea telefónica y era notorio que bastantes vecinos tenían coche propio. Otra novedad que se percibía en el barrio era que los mayores se habían inscrito en un programa de alfabetización de adultos y estaban entusiasmados descubriendo los misterios del alfabeto y del lenguaje en general. En resumen: la vecindad había alcanzado una vitalidad y una prosperidad desconocidas, una vez que la medicina había comenzado a hacer efecto. Pero la felicidad se desvaneció una mañana fatídica, al día siguiente del golpe militar, cuando los niños fueron hasta donde empieza el barrio a esperar la llegada de los rubios. Esperaron durante largo rato, pero los rubios no vinieron. Sus madres se unieron a ellos, se sentaron junto a ellos en el erial, El gobierno había consumido una amplia carretera que atravesaba toda la tierra baldía: ahora venían por ella tanques y camiones con hombres armados. Entonces empezaron a unirse a ellos más vecinos: todos miraban a los tanques que venían por la carretera principal, escupiendo humo negro. Sentían en su interior una especie de amargura, un nudo en la garganta, lágrimas en los ojos.

»El sol se había puesta, y la oscuridad había descendido de nuevo sobre ellos».

Mi abuelo sopló la llama de la lámpara y lanzó un prolongado suspiro.

Era más de media noche, y los tanques del gobierno estaban entrando en el vecindario para quitar las estatuas de los rubios. Los hombres del barrio habían tomado ya posiciones de combate en los tejados de las casas y en los callejones. Se desencadenó una encarnizada batalla en la que hasta las mujeres tomaron parte. Yo me escabullí junto con otros tres amigos transportando unos lanzagranadas para destruir un tanque que bajaba por la carretera principal, pero los helicópteros, que disparaban desde arriba, restringían nuestros movimientos. Nos escondimos tras un taxi aparcado en la acera. Después comenzaron a arder algunas de las tiendas y otros edificios. Parecía que estábamos abocados a perder la batalla por el bombardeo incesante de los helicópteros. Rompimos una de las ventanas del taxi y nos ocultamos en el interior, con el propósito de ponerlo en marcha y huir. De pronto uno de los helicópteros que había sobre nosotros quedó envuelto en llamas y se desplomó

sobre los tejados de las casas. Nuestros combatientes alcanzaron a un tanque con sus misiles y vimos que las tropas del gobierno se retiraban, presas del pánico. Poco después vimos a un grupo de jóvenes del vecindario corriendo como posesos, gritando «Allahu akbar» y disparando balas por ahí, jubilosos y ajenos al combate. Salimos del taxi cuando pasaron aquellos jóvenes junto a nosotros diciendo que Dios había hecho un milagro. Nos dijeron que los rubios habían vuelto al vecindario y que estaban manteniendo una lucha encarnizada contra las fuerzas del gobierno. Dijeron que habían sido los rubios, ellos solos, los que habían prendido fuego al tanque y derribado el helicóptero. Mis amigos comenzaron a lanzar gritos de alegría y gritaban «Allahu akbar» todos a la vez, mientras se dirigían gritando hacia las fuerzas del gobierno, disparando en todas las direcciones. No hay duda de que este barrio no es más que un manicomio de grandes dimensiones. Yo, de pie junto al taxi, sentía miedo y desprecio contemplando a aquella multitud que celebrabais milagrosa victoria. Encendí un cigarrillo y pensé que la mejor manera de terminar con mi tormento era abandonar aquel agujero que llamaban «el barrio Oscuro». Justo cuando regresaban andando a casa comenzaron a llover misiles sobre todo el vecindario. Uno de aquellos misiles nos lanzó, a mí y al taxi —convertido en amasijo de hierros— contra una pared. Me vi rodeado de fuego por todas partes. No sentí dolor, pero el silencio repentino me proporcionó una extraña sensación de paz. Cuando los rubios me sacaron de debajo de los restos del coche vi que uno de ellos llevaba la camisa manchada con mi sangre. Mi padre dice que yo estaba inconsciente cuando me encontraron, delante de la puerta de mi casa, pero yo estoy seguro de que los rubios me llevaron en una camilla blanca y que durante todo el trayecto fueron sonriéndome. Y yo alargué la mano para acariciar su hermoso cabello rubio.

Algunos de los jóvenes de las nuevas generaciones del vecindario me llaman «el loco de plaza Libertad». El gobierno ha plantado unos cuantos árboles y ha colocado bancos donde antes estaban las estatuas. También han puesto una placa enorme con el nuevo nombre del barrio: barrio de la Libertad. Ya sé lo que dicen, esos idiotas. Que el trozo de metralla que me entró en la cabeza me provocó daños en el cerebro. Pero no son más que un puñado de pueblerinos que siguen viviendo en la Edad Oscura. He pedido en repetidas ocasiones a los notables y a otras personas que aporten dinero para volver a construir las estatuas de los rubios y preservar así la historia de

nuestra vecindad. Es lo mínimo que puedo hacer para compensarles el favor de salvarme la vida. Lo que me enfada es que, después de aquella noche en que los soldados derribaron las estatuas y mataron a tanta gente joven, ni siquiera mi padre cree ya en la historia de los rubios. Los hay que ahora dicen que aquel relato de la milagrosa aparición de los rubios, aquella noche, para luchar de nuestro lado, no es más que propaganda barata que algunos jovencitos van difundiendo por ahí para mantener alta la moral de nuestros combatientes, que el ejército gubernamental acabó con las fuerzas de la resistencia antes del amanecer. Pero yo estoy seguro de que fueron los rubios quienes me llevaron en una camilla blanca, y con estos deditos míos yo toqué su pelo angelical.

Hace unos días conocí a un extraño que creo que es de ley, no como la mayoría de la gente de mi barrio. Me dijo que él sí creía mi relato de la aparición de los rubios, aquella noche. Me habló durante un buen rato de cómo hemos olvidado nuestra historia, nuestras raíces, a causa de las fuerzas de Occidente, y cómo hemos descuidado nuestra religión. Me dijo que libertad no significa convertirse en un títere en manos de los infieles. Pero hay una cosa que no entiendo del todo: por qué ese hombre me rodeó con un cinturón ancho, esta mañana, en esta casa. Tengo mucho calor, porque el cinturón es muy duro. Me voy a sentar a la sombra de ese árbol, maldita sea: las mujeres y los niños han cogido todos los bancos.

LA EXPOSICIÓN DE CADÁVERES

Antes de sacar el cuchillo, dijo: «Tras estudiar la ficha del diente tiene usted que presentar una breve nota explicando cómo se propone matar a su primer cliente y cómo va a exhibir su cadáver en la ciudad. Pero eso no implica que lo que usted expone vaya a aprobarse. Uno de nuestros especialistas tiene que revisar el método propuesto y, o bien lo aprobará, o bien sugerirá otro método distinto. Este sistema se aplica a los profesionales de todas las fases del trabajo, incluso una vez terminada la fase de formación, cuando ya haya superado las pruebas. En todas las fases recibirá usted el sueldo completo. Yo le iré informando gradualmente de todo. Una vez que reciba la ficha del cliente ya no podrá hacer más preguntas: tendrá que hacerlas todas antes. Las preguntas que tenga ha de hacerlas por escrito. Todas las dudas, propuestas y sugerencias escritas que usted envíe se guardarán en su archivo personal. En modo alguno puede usted enviarme correos electrónicos ni llamarme por teléfono para consultar cuestiones profesionales. Escribirá usted sus preguntas en un formulario especial que yo mismo le proporcionaré más tarde. Lo principal es que ahora se dedique a estudiar la ficha del cliente con cuidado y paciencia. Quiero tranquilizarle en un aspecto: no dejaremos de tratar con usted aunque fracase en su primer encargo. Si fracasa le pasaremos a otro departamento, cobrando lo mismo. Pero hay algo que debo recordarle una vez más: dejar el trabajo después de recibir el pago de su primer salario sería inaceptable, por lo que no lo hará: en eso somos muy estrictos. Si el director se aviene a romper la relación labora] con usted, tendría usted que someterse a una serie de pruebas, lo que llevaría mucho tiempo. En los archivos guardamos expedientes de voluntarios y de otros agentes que decidieron unilateralmente rescindir sus contratos... Si está pensando hacer eso. le mostraremos algunos ejemplos de la experiencia ajena. Estoy seguro de que es

usted perfectamente capaz de seguir adelante con esto y disfrutarlo. Ya verá cómo cambia su vida, Éste es su primer regalo, no lo abra ahora, Es su primer sueldo íntegro. En cuanto a los documentales sobre las vidas de los depredadores... puede comprarlos cuando quiera, nosotros se los abonaremos. Preste especial atención a las imágenes de los huesos de sus víctimas. Y recuerde siempre, amigo mío, que nosotros no somos terroristas cuyo objetivo es cobrarnos la mayor cantidad de víctimas posible con el fin de intimidar a otros, ni tampoco asesinos enloquecidos que trabajan sólo por dinero. Nosotros no tenemos nada que ver con los grupos de fanáticos islamistas ni con la oficina de inteligencia de ciertos gobiernos viles, ni con ninguna tontería por el estilo. Yo sé que ahora mismo usted tiene dudas que le están perturbando, pero ya irá descubriendo que el mundo está organizado en varios niveles, y no es realista creer que todo el mundo va a alcanzar todos esos niveles sin esfuerzo. No olvide que existen posiciones superiores y que le esperan en lo alto de la jerarquía de esta institución si es usted imaginativo, espontáneo y feroz, y sí sabe sorprendernos. Todo aquel con el que usted acabe es una obra de arte esperando su toque final. Así podrá usted brillar como una gema en medio de la destrucción de este país. Mostrar un cadáver a los ojos de los demás es lo último en materia de creatividad: eso es lo que buscamos, lo que estamos intentando estudiar, y a lo que estamos intentando sacar partido. Yo personalmente no soporto a los agentes que carecen de imaginación. Nosotros tenemos, por ejemplo, un agente cuyo nombre en clave es Cuchillo de Satán, y al que deseo que liquiden cuanto antes quienes tienen este cometido. Ese tipo cree que cortar los miembros de un cliente y colgarlos de los cables de la luz en los barrios bajos es lo más en creatividad e inventiva. Pero no es más que un loco engreído. Yo detesto sus métodos clásicos, aunque él habla siempre del nuevo clasicismo. Lo único que hace este peso pluma es pintar las partes del cadáver del cliente y colgarlas con hilos invisibles: pinta el corazón de azul oscuro; los intestinos, de verde; el hígado y los testículos, de amarillo. Y hace todo esto sin Llegar a comprender la poesía de lo simple. Al explicarle todos estos detalles percibo una mirada de sorpresa en sus ojos... Tranquilo, respire hondo, escuche el ritmo de su espíritu secreto con calma y paciencia. Déjeme explicarle algunos puntos con más claridad, para disipar las dudas que seguramente tiene. Permítame que le dedique algo de tiempo. Lo que le voy a decir puede que no sean más que impresiones personales, y es posible que otro miembro del equipo tenga una

opinión distinta, pero a mí me gusta la concisión, la sencillez y la imagen sorprendente. Pongamos por caso al agente Sordo: es tranquilo y tiene una mirada lúcida. De sus trabajos mi favorito es el de la mujer que está amamantando a un bebé. Una lluviosa mañana de invierno una multitud de transeúntes y conductores se detuvo a contemplar a esa mujer. Estaba desnuda y gorda, y su hijo, también desnudo, estaba mamando del pecho izquierdo. Colocó a la mujer bajo una palmera en el refugio central de una calle muy transitada. No había la menor huella de heridas ni de balazos en el cuerpo de la mujer ni en el del bebé. Tanto ella como el niño parecían estar tan vivos como un arroyo de agua pura. Ése es el tipo de genialidad que se echa de menos en este siglo. Tendría que haber visto las tetas enormes de aquella mujer, y lo delgado que estaba el bebé: era como un saco de huesos pintados del color de la piel de un bebé, de un blanco intenso. Nadie habría dicho que madre e hijo estaban muertos. La mayor parte de la gente especulaba, se aventuraba a decir que el artista había utilizado un veneno misterioso, desconocido hasta el momento. Pero tendría usted que leer en los archivos de nuestra biblioteca el breve ensayo poético que escribió Sordo sobre aquella extraordinaria obra de arte. Ahora ocupa un puesto muy importante en la organización. Y merece mucho más que eso: tiene usted que comprender que este país supone una de las oportunidades más insólitas de este siglo. Nuestra obra no durará mucho. En cuanto la situación se estabilice tendremos que irnos a otro país. Pero no se preocupe. Hay muchos candidatos. Escuche: en otros tiempos hemos dado a los estudiantes nuevos, como usted, Lecciones clásicas. Pero ahora las cosas han cambiado mucho. Hemos comenzado a confiar en la democracia y en la espontaneidad de la imaginación, y no en la instrucción. Yo estudié durante mucho tiempo, leí muchos libros aburridos, que justificaban lo que hacemos, mucho antes de poder actuar— como profesional. Leíamos estudios que hablaban de la paz, estudios escritos con una elocuencia que resultaba verdaderamente repugnante. Había muchas analogías ingenuas e innecesarias para justificarlo todo. Uno de aquellos estudios hablaba de las medicinas que se venden: hasta un simple dentífrico se fabrica haciendo pruebas de laboratorio con ratas y otros animales, de modo que no era posible traer la paz a esta tierra si en los laboratorios no se sacrificaba también a seres humanos. Viejas lecciones como ésta resultaban aburridas y frustrantes. Su generación tiene suerte de vivir en esta edad de oro de Las oportunidades. Una actriz de cine lamiendo un helado da lugar a docenas de fotografías y

boletines de noticias que llegan incluso a la aldea más recóndita del mundo, devastada por la hambruna, esa piedra de amolar de gritos y bailes. Esto, por lo menos, consigue lo que yo llamo “la justicia de descubrir la insignificancia y la esencia equívoca del mundo” Pues mucho más un cadáver que se muestra de un modo creativo en el centro de la ciudad. Tal vez le he contado ya demasiado, pero permítame decirle sinceramente que me preocupa usted. Es usted un idiota o un genio, y ése es el tipo de agente que excita mi curiosidad. Sería muy gratificante que fuera un genio, porque aún creo en el genio a pesar de que la mayoría de los miembros del grupo habla de la experiencia y de la práctica. Pero si fuera usted un idiota... permítame contarle, antes de irme, una historia muy breve y muy útil sobre un idiota que intentó con toda su ingenuidad hacernos un lío. A mí ni siquiera me gustaba su nombre de guerra... “el Clavo”. Una vez que el comité hubo aprobado la forma en que el Clavo pretendía matar a su cliente y exhibir el cadáver en un gran restaurante, quedamos a la espera de los resultados. Pero el tipo era muy lento: no acababa nunca de dar los últimos toques a la obra. Yo fui varias veces a verle y le pregunté qué era lo que estaba provocando tal demora. Me dijo que no quería repetir los métodos de sus predecesores y que estaba pensando en dar un salto cuántico en nuestro proyecto. Pero la verdad era otra: el Clavo era un cobarde que se había visto contaminado por unos sentimientos humanitarios banales y, como cualquier enfermo, había empezado a cuestionarse qué se ganaba con matar a alguien y a plantearse si había algún creador que vigila todos nuestros actos y dónde está el principio del abismo. Y es que todo niño que nace en este mundo no es más que una simple posibilidad, bien de ser bueno o bien de ser malo, según la clasificación que hacen las escuelas de formación religiosa de este mundo absurdo. Pero para nosotros la cuestión es muy distinta. Todo niño que nace es una carga adicional en un barco que está a punto de hundirse. El Clavo tenía un pariente que trabajaba de celador en un hospital del centro, y se le ocurrió colarse en el depósito de cadáveres y elegir un cadáver, en lugar de hacérselo él mismo. Era un plan sencillo de llevar acabo, pues había dado al pariente la mitad de lo que le habíamos dado nosotros. El depósito estaba lleno de cadáveres de todos esos actos terroristas estúpidos: cuerpos destrozados por las bombas, otros decapitados en alguna pelea entre sectas, cuerpos hinchados, recogidos a orillas del río, y otros muchos que habían terminado de manera absurda, en algún asesinato azaroso que nada terna que ver con el arte. El Clavo se coló en la morgue aquella noche y comenzó a

buscar un cadáver adecuado para mostrar al público. Buscaba entre los cadáveres infantiles, porque en su primer informe había propuesto una idea que implicaba matar a un niño de cinco años.

»En la morgue tenían cadáveres de niños en edad escolar que habían resultado mutilados por bombas colocadas en un coche o incinerados en algún mercado callejero o despedazados al caer una bomba sobre su casa. Al cabo eligió un niño que había sido decapitado, junto al resto de su familia, en una contienda entre sectas. El cuerpo estaba limpio y el corte del cuello era impecable, como si fuera un papel. El Clavo pensó en mostrar ese cuerpo en un restaurante; los ojos de los demás miembros de la familia los serviría en unos cuencos de sangre, como una sopa. Tal vez la idea era hermosa, pero hasta aquel momento todo su trabajo había sido un engaño y una traición. Si hubiera decapitado él mismo al niño habría sido una auténtica obra de arte, pero robarlo del depósito de cadáveres y actuar de un modo tan despreciable era a un tiempo una deshonra y una cobardía. Él, sin embargo, no lograba entender que el mundo de hoy está interconectado por más de un túnel, por más de un corredor. Y fue el de la funeraria el que pilló al Clavo antes de que pudiera decepcionar al público inocente. El de la funeraria era un hombre de sesenta y pocos, un hombre corpulento. Su trabajo en el sector había florecido con el aumento de cuerpos mutilados en todo el país. La gente le buscaba para recomponer los cuerpos mutilados de sus hijos y parientes, cuerpos que habían resultado destrozados en explosiones y asesinatos aleatorios. Le pagaban muy bien por recomponer a sus hijos para que recuperasen su aspecto original, aquel con el que les habían conocido. El hombre era un auténtico artista, la verdad. Trabajaba con paciencia y con un amor inmenso. Aquella noche condujo al Clavo a una habitación lateral de la morgue y le encerré allí, le inyectó alguna droga que le paralizó sin dejarle inconsciente. Le dejó sobre la mesa de disección, le ató las manos y las piernas y le tapó la boca. Mientras preparaba la mesa de trabajo iba silbando una canción infantil muy bonita con aquella voz suya de mujer, tan extraña. Era una canción sobre un niño que está intentando atrapar una rana en un charco de sangre, y de cuando en cuando daba un tironcito de pelo al Clavo y le decía al oído: "Ay, querido, ay amigo mío, hay algo aún más extraño que la muerte: mirar al mundo, que te está mirando a ti, pero sin gesto alguno, sin entendimiento y sin finalidad, como si el mundo y tú participaseis de la misma ceguera, del mismo silencio, de la

misma soledad. Y hay algo más extraño que La muerte: un hombre y una mujer jugueteando en la cama cuando de pronto apareces tú. precisamente tú, que siempre has escrito erróneamente la historia de tu vida".

»El empleado de la morgue terminó su trabajo al amanecer.

»Ante la puerta del Ministerio de Justicia había una peana como ésas donde se ponen las estatuas. Pero ésta estaba hecha de una pulpa de carne y huesos. Sobre la peana había una columna de bronce, y de la columna colgaba la piel del Clavo, toda entera, separada de su carne con suma habilidad, ondeando como la bandeja de la victoria. En la parte delantera de la peana podía verse perfectamente el ojo derecho del Clavo, clavado en la pulpa de su carne. Tenía una mirada bastante insulsa, como la que veo en los ojos de usted, en estos momentos. ¿Se imagina quién era aquel empleado de la morgue? Pues es el hombre que ahora está al mando del departamento más importante de esta institución: dirige el departamento de la verdad y la creatividad».

Entonces me clavó el cuchillo en el estómago y me dijo: «Está usted temblando».

EL MERCADO DE HISTORIAS

En respuesta a las invitaciones de los críticos que había entre sus escasos amigos solía citar al novelista húngaro Béla Hamvas: «Cuando uno está en su país, conoce el mundo; cuando está en el camino, se conoce a sí mismo», Khaled al Hamrani nunca había salido ni siquiera de su ciudad natal, y eso que había cumplido ya cincuenta y siete años. De hecho, no había escrito ni una sola historia que no tuviera lugar en torno a la calle del mercado, que estaba pegada a su casa. Hasta el momento habían salido tres colecciones de relatos suyos, cuya publicación había costado él mismo. Todos tenían como escenario el mercado.

En una sorprendente entrevista que le hizo un periódico local, decía: «Puedes convertir a la mujer que vende pescado en el mercado en una nave espacial perdida en el cosmos, o utilizar las berenjenas para dar una lección de filosofía. Lo más importante es observar todo con perspectiva, como si estuviéramos viendo a alguien que se va a suicidar tirándose por el balcón. Otra cosa importante es tener una imaginación que no sea melodramática, sino maliciosa y extremadamente seria, y un espíritu ascético que se acerque a la muerte. Este mercado callejero del que escribo, por ejemplo, es un vasto océano, mientras yo no soy más que una burbuja que sin duda existe, pero no es fácil de ver». Al preguntarle si sus historias eran todas muy parecidas y algo aburridas porque su «caja mágica» se limitaba exclusivamente al mercado, su respuesta fue directa: «Yo detesto ir en busca de nuevas experiencias y lugares para seguir diciendo lo mismo, porque todo el mundo cabe en los ojos de un niño, ¿me equivoco? O en la sangre de un pollo sacrificado en el mercado. (Hamrani se ríe y luego continúa, burlón). Yo no voy en busca de mí mismo. Yo quiero nadar en un lago y tener la certeza de que ese lago es todo el universo...».

Hamrani estaba sentado al borde de la cama contemplando los cinco números con expresión grave y suspicaz. Era la primera vez que tenía un sueño relacionado con números. Pensó que se desvanecerían en cuanto se levantara de la cama, pero cuando estaba preparando el té sintió que iban a expandirse por su cerebro como si fueran cinco rescoldos ardientes. Sintió la brisa de la mañana, ligera pero molesta, que pugnaba por abrir la pequeña ventana de La cocina. Estaba sentado sobre una alfombra, en el suelo, con las piernas estiradas, tomándose el té. Intentó ordenar las imágenes del sueño, pero sólo tenía una: la suya, de pie ante una pared enorme erosionada por la humedad, con los números escritos en un azul fluorescente. Allí de pie, transfigurado, ante la pared, había sentido un dolor horrible en las rodillas. ¿Qué podrían significar aquellos números? Hamrani pensaba en ello sin dar mucha importancia a la pared. A veces atribuimos a nuestros sueños algunas de nuestras experiencias vitales y Hamrani había escrito antes, en su biografía secreta e inédita, algo sobre un recuerdo de su infancia, donde aparecía una pared. Le daba cierta vergüenza escribir su biografía, pero leía obsesivamente las vidas de otros.

«Cuando era niño, en 1983, el ala de un avión de combate iraní cayó en la calle siguiente a la nuestra. La defensa aérea le había alcanzado: era uno de los cinco que habían atacado los campos petrolíferos. Otro trozo del avión cayó sobre un campo de sandías. Vivíamos en un distrito del gobierno, en la ciudad petrolera de Kirkuk. en unas casas que el gobierno había construido para gente que tuviera alguna vinculación con el ejército y que eran todas iguales: dormitorio, recibidor, baño y aseo y un pequeño jardín trasero. Los adultos estaban hablando de una chica cuyo cerebro se había quedado pegado a la pared cuando el avión cayó y bloqueó el callejón. El ala destruyó la fachada de varias casas. Todos los niños del vecindario oyeron lo del cerebro de la chica. En el colegio un niño dijo que el cuerpo sin cabeza de la muchacha salió volando, voló muy alto y nunca regresó, Tras aquel incidente del ala yo cambié la ruta que solía hacer para regresar a casa, y comencé a tomar otra que me obligaba a dar un rodeo. Me armaba de valor y enfilaba por la calleja tan rápido como podía para ver el cerebro de la niña. Pero ninguna de las veces que pasé conseguí verlo. Iba a toda prisa y era incapaz de volverme a mirar cuando pasaba junto a la pared donde se había quedado pegado; me preguntaba si —como había oído decir— lo habrían limpiado ya. El miedo me

impulsaba hacia el origen de mi miedo y, al mismo tiempo, me apartaba de él.»

¿Había alguna conexión entre los números y el ala de aquel avión y el cerebro de la niña? Los números eran 3,14,9, 2 y 22. Tal vez era el número de teléfono de alguien. No, no podía ser, definitivamente, porque su estructura no coincidía con la de los números de teléfono, ni fijos ni móviles. Y los números sumaban cincuenta, de manera que tampoco eran la predicción del año en que iba a morir.

Cuando estaban desayunando con los niños le contó a su mujer el sueño de los números. Ella sonrió y le dijo: «Esperemos que sea una buena señal. Los números en sueños significan que viene dinero, así que esperemos que sea una buena señal. Muy bien. Abu, Fatima: cuando volváis del mercado esta tarde traéis medio kilo de carne y un kilo de cebollas. Air, sí, no olvidéis los zapatos de Hassan. Ya sabéis que la fiesta es dentro de cuatro días».

Mientras recorría el mercado, observando aquel caos que rara vez se resolvía en algún tipo de orden, Hamrani pensó que tenía que volver a leer la historia de las naranjas que había escrito una semana atrás, en lugar de confundir su mente con una historia nueva. O tal vez el asunto de los números le impedía concentrarse en buscar nuevos materiales para sus historias. Debo explicarles que sus historias no eran muy interesantes para la mayoría de los lectores, ni siquiera para aquellos que, sobre todo tras la caída del dictador, se consideraban la élite culta de escritores y artistas. Y es que la literatura en este país va por fases. Desde la caída de Saddam Hussein se ha instado sin parar a los autores a que su escritura sea inteligible, realista, pragmática, basada en los hechos. Se lamentan de que no hay lectores. Dicen que los escritores del pasado espantaban a los lectores aunque, durante cientos de años, en este país no ha habido lectores en sentido estricto: no ha habido más que gente muerta de hambre, asesinos, analfabetos, soldados, pueblerinos, gente rezando, gente perdida y gente oprimida. Nuestros escritores parecen haberse cansado de escribir para leerse entre ellos, y consideran que la época de Saddam Hussein ha sido la causa de que haya prevalecido la literatura oscurantista y el experimentalismo exagerado, como si el oscurantismo y la experimentación fueran ofensas, o una invención de los baazistas. En esta etapa hay muchos funcionarios del gobierno que buscan un nuevo papel que desempeñar. Son «escritores de la etapa» que ahora quieren abarcar todos los

papeles. Dicen ser los albañiles que van a reconstruir la ciudad que destruyó la guerra, los políticos, economistas y cirujanos cultivados, los críticos del desastre, los iconoclastas que destruyen ídolos religiosos y acaban con las supersticiones. Pero Hamrani era ese tipo de escritor que no entendía qué significaba eso de las etapas. Lo que a él le importaba, solía decir, era la esencia del Hombre... una verdad que las etapas no pueden distorsionar ni cambiar. Así que Hamrani escribía historias —si nos atenemos a la clasificación de los defensores de la nueva etapa— de éstas experimentales y oscurantistas, Tomemos por ejemplo su relato titulado «El nombre de la naranja». Hamrani encontró en el mercado la inspiración para escribirlo. Fue al ver a una mujer joven, ataviada con una abaya negra, que llevaba una bolsa de naranjas. La bolsa se rasgó, y las naranjas rodaron por el barro. Es cierto que al principio pensó que la mujer era una terrorista que se iba inmolar en el mercado, una idea que se aloja en el lector y suscita su curiosidad, sobre todo porque para muchos hombres, en el fondo, una mujer no es más que un coño, un culo y un par de tetas: un trozo de carne apetitoso, concebido para follar y cocinar. El hecho de que sea una suicida es una ofensa para su hombría, aunque pensar en la carne desgarrada de una mujer podía servirles como chascarrillo para poner la polla en acción. Un día Hamrani oyó al que vende dulces hacer un comentario abominable. El hombre dijo que un amigo suyo que vendía pescado en otro mercado callejero se encontró una vez el coño de una terrorista suicida entre el pescado: la mujer había saltado por los aires al hacer estallar una bomba ese mismo día. Lo cierto es que fue la mujer del pescadero la que encontró la vulva entre el pescado que llevó su marido al volver a casa. Le pidió una explicación lógica a aquella situación: ¿qué hacía el coño de una mujer joven entre el pescado? Éste es el tipo de jerigonza populachera que emana, de un largo historial de violencia, opresión y destrucción, y no un ejemplo de la expresiva ironía que caracteriza a los habitantes de una ciudad moderna. Ocurrencias primitivas y tribales que tratan de disimularse con bromas sangrientas de mal gusto.

Pero Hamrani no tardaba en transportar al lector a otro mundo con las imágenes que incluía de repente en sus historias para cambiar el curso de la narrativa o del propio lenguaje. Y precisamente eso era lo que ponía a los lectores y a los críticos de la nueva etapa contra él. En la historia de las naranjas, por ejemplo. Dice que antes de llegar al mercado la suicida ataviada

con la abaya negra iba andando, completamente desnuda, por un camino de tierra abandonado. Llevaba a cuestas un naranjo como si fuera una cruz. Cuenta que en el cuerpo de la mujer se veían marcas de latigazos. Lo más extraño es que después de eso Hamrani, como un pintor impresionista, se acerca hasta los dedos de una mujer, que describe con todo detalle, cuando ella coge las naranjas de entre el barro. Puede que quienes critican a Hamrani tengan razón y que lo único que haga, también él, es narrar jerigonzas sin cuento.

Hamrani estaba sentado junto al hombre que vendía el té, cuyos clientes estaban sentados a su vez frente a él en una plataforma baja, de madera, con forana de arco. Mientras tomaba una taza de té fumó tres cigarrillos, y los números no cesaban de acudir a su mente, perturbándole. El hombre del té estaba contando a los clientes lo de la patrulla de la policía que había encontrado veinte cabezas cortadas ante la puerta de la mezquita de Salam. El hombre encendió un pequeño radiocassette y empezó a sonar una canción popular que ensalzaba los pechos de una mujer joven. Un tipo gordo ataviado con zaub le estaba contando al del té lo del último premio de la lotería: lo había ganado un hombre muy pobre que vivía en una cabaña hecha de planchas de hojalata. El gordo dijo: «La suerte que tenemos asignada en la vida está en el cielo, y no sabemos cuál es». Hamrani sonrió ante la idea que se le acababa de ocurrir. Tal vez quien quiera que viva en el cielo le había enviado aquellos números de la suerte, como regalo. Seguramente los números funcionarían en la lotería. Hamrani conocía una tienda, en medio del mercado, que vendía billetes de lotería. ¿Por qué no lo intentaba? Sería divertido. Y emocionante. ¿Y si sucedía un milagro y resultaba premiado su boleto? Luego la gente intentaría por todos los medios soñar con los números de la suerte, y tal vez intervinieran los psiquiatras, para ayudar a los soñadores. Para Hamrani no era raro enfrascarse en absurdos diálogos consigo mismo. Él sabía que todos nosotros, como desechos humanos que somos, imaginamos y nos decimos día y noche cosas de mal gusto, a veces incluso alarmantes. Lo más importante es que las alucinaciones continúen y que la víbora del tiempo muerda a esas gentes efímeras que visitan el campo, que escribamos al menos una historia o un poema en nuestra vida.. «Este mercado es mi mundo, mi sepultura y mis alas. Yo soy morada de gusanos a la que perturba el número de un sueño».

Ante la tienda que vendía los billetes de lotería, la fantasía que Hamrani

había gestado en su imaginación sólo para entretenerse se hizo añicos: todos los billetes tenían seis o siete cifras, y su sueño sólo le había proporcionado cinco. Ahora intentaba encontrar para ellos un lugar en el caos. Cinco números que, en Lugar de arrojar algo de luz, acrecentaban el misterio. Se abrió paso entre la multitud que poblaba el mercado; los mercaderes le saludaban a gritos y le gastaban bromas. Todos ellos tenían buena relación con aquel cliente habitual que iba al mercado a comprar historias para conservarlas en papel. Y entonces las cinco cifras se le borraron de la mente. Observó a un anciano que vendía retratos de personalidades religiosas. Lo único que aquellos sujetos tenían en común eran los turbantes que todos ellos lucían en la cabeza. Vio también a un hombre joven ataviado con una extraña camisa roja que iba cargado con un montón de pantalones vaqueros y llevaba un cigarrillo en la boca. El joven le ofreció un par de vaqueros negros y le dijo que se los dejaba a mitad de precio, que lo único que quería era deshacerse de todos los pantalones y buscar otro trabajo. Aquélla era una estrategia muy conocida, empleada para atraer clientes, y el joven llevaba más de dos años practicándola. Había otra, también muy extendida: la de lo baratos que eran los vaqueros que vendía: cuando uno le recordaba al vendedor que ya la había oído antes, aquél sonreía y decía: «¿Va a comprar algo o no?».

Hamrani compró un par de zapatos nuevos para su hijo pequeño. Hassan, y kilo y medio de cebollas. Empezó a buscar a los que vendían bolsas para niños, pensando que podía utilizar una para envolver los zapatos. Cayeron unas cuantas gotas, como si el cielo quisiera avisarle de la lluvia que se avecinaba. Él levantó la cara al cielo cuando una suave gota de agua le mojó la punta de la nariz. Lo último que vio fue el cielo plomizo, cubierto de nubes, y tres pájaros volando muy alto. Y entonces, como un volcán gigante, explotó el camión bomba que estaba aparcado junto al mercado.

Dicen que su cuerpo quedó roto en tres pedazos. Las piernas y el tronco por un lado; por otro, un brazo en la pila de tomates ennegrecidos; la cabeza, con parte del hombro y del brazo derecho, junto al joven que vendía vaqueros. Éste, debido a la tempestad de fuego y hierro, había quedado convertido en una especie de mono dibujado al carbón, sin rasgos distintivos. Lo más extraño es que todos los hermanos de Hamrani y algunos de sus parientes dijeron que tuvieron que hacer un esfuerzo enorme para soltar los dedos de la mano derecha de Hamrani, aferrados a uno de los zapatos que había comprado

para su hijo Hassan. El otro zapato se quedó en la pila de escombros. Seguramente estos detalles resultan insignificantes y desprovistos de significado. Tal vez son un intento de establecer un vínculo entre los cinco números y el día en que explotó el camión bomba. ¿Qué críptico mensaje intentaban mandarnos? Ese día murieron en el mercado más de setenta personas: otro número que nada tiene que ver con el sueño de Hamrani. Cuando una persona, o un grupo de personas, soportan muchos años seguidos de guerra, terror, pobreza y destrucción, buscar detalles ilógicos o incluso triviales es lo mismo que hablar sin parar en una cháchara sin sentido. Pero siempre queda esa necesidad humana de explicar los acontecimientos aplicando una lógica distinta de la fría razón, que atribuye ciertos efectos a sus supuestas causas: una noble necesidad humana. Tal vez hablar sin parar y escribir historias son otra forma, triste forma, que tienen los seres humanos de aceptar lo inescrutable del mundo.

Hoy he terminado de pintar las paredes del dormitorio de un color azul claro, y lo único que quedaba por cubrir era el punto en el que habían escrito a lápiz aquellas cinco cifras. La situación en Bagdad es ahora mejor, y aún sigo considerando que el ancho mundo del mercado es el mejor material para mis historias. Han pasado dos años desde aquel sueño de los números y mis pesadillas, en las que moría en el mercado. Bien, Con un brochazo más los cinco números desaparecerán bajo la pintura, pero lo que no puedo cubrir es mi terror hacia los sueños y las pesadillas. No puedo creer que todas las noches morimos y luego volvemos cada mañana como éramos antes, sin que nos recubra una especie de polvo misterioso. Anoche soñé con una cabeza de oveja que hablaba del sol.

LA BOLSA DE ALI

Cuando cayó la estatua de Saddam Hussein en Bagdad estalló en la sala de la televisión una violenta trifulca. Seis jóvenes sudaneses se enzarzaron con un grupo de iraquíes que estaban celebrando la caída del dictador. Fue un comentario de Youssef, un sudanés, lo que prendió la mecha:

—No sé por qué os alegráis tanto; las tropas americanas se van a follar a vuestras mujeres.

Los afganos y algunos jóvenes nigerianos intentaron calmar los ánimos. Los iraníes, por su parte, salieron de la habitación y empezaron a mirar por las ventanas. Hubo sangre. Un joven sudanés se fracturó el cráneo y se quedó inconsciente, así que tuvieron que llevarlo al hospital. Cuando llegaron los antidisturbios de la habitación salía un hedor horrible y los muebles estaban completamente destrozados. Yo contemplaba la refriega desde la puerta, sin inmutarme. Había pasado más de tres años en aquel centro de acogida para refugiados de una pequeña ciudad italiana y había presenciado muchas peleas salvajes. Se desencadenaban por el detergente de la ropa o por¹ un par de bragas. Como las de Parvin, una mujer kurda. Parvin dijo a los refugiados kurdos que había visto a un joven paquistaní robarle sus bragas, que estaban tendidas en la cuerda. Estalló entonces una batalla por cuestiones de honor entre los paquistaníes y los kurdos que duró tres días. El director llamó a la policía porque los vigilantes del centro de acogida no podían controlar la pelea.

Quien despertó mi curiosidad en aquella batalla de la sala de televisión fue Ali al Basrawi. Tenía su bolsa apretada contra el cuerpo y en el rostro una expresión de demente. Este delicado joven había cambiado radicalmente desde su llegada al centro. Aquella noche yo le invité a tomar un café en mi habitación porque quería comprobar si estaba bien y despedirme de él: había

decidido continuar su viaje rumbo a Finlandia, y yo no estaba convencido de que aquella decisión suya fuese la correcta. Le aconsejé que fuese a Alemania o a cualquier otro país donde probablemente tendría más posibilidades de encontrar trabajo. Hablamos durante un buen rato de sus sueños, sus temores y sus planes. Me dijo que oía la voz de su madre. Que le hablaba con cariño y le daba consejos, aunque también le reprochaba lo que había sucedido con su cabeza en aquel bosque griego. Él también se alegraba de la caída del dictador, aunque le preocupaba que los países europeos dejaran de dar asilo a los iraquíes. Le dije que las cosas podían cambiaren Irak, y que tal vez nosotros pudiéramos volver a nuestras casas con nuestras familias, pero él me señaló su bolsa negra y me dijo:

—No tengo familia, no tengo amigos y no tengo esperanza. Todo lo que poseo lo llevo conmigo, en esta bolsa. Y espero poder llevar a mi madre a un lugar seguro y confortable, porque la pobre mujer ya ha sufrido bastante.

Más de una vez he pensado que podría pasarme la vida escribiendo sobre todos los acontecimientos y sucesos surrealistas que he ido viviendo por estos caminos tomados por migrantes indocumentados. Ése es mi cáncer, y no sé cómo podré curarme de él. Mucho me temo que me espera un final cómico, como el del escritor iraquí Khaled al Hamrani, que se pasó la vida escribiendo sobre el mercado callejero que había al lado de su casa. Cuando demolieron el mercado y construyeron en su lugar unos bloques de viviendas Hamrani se suicidó dejando seis colecciones de relatos, todos ellos sobre el universo del mercado. En una ocasión estaba conversando con un joven novelista alemán sobre mis experiencias en el mundo de los migrantes y mis ideas sobre cómo convertir mis vivencias en material para mis ficciones literarias. Cuando le tocó el turno al alemán me dijo que él no había escrito nunca nada digno de mención, y que seguramente su juventud y la falta de experiencia vital eran la causa de su fracaso. A mí me daba la impresión de que quería decirme que envidiaba mis experiencias, tan extrañas y dolorosas. Pero lo que dijo, en lugar de hacerme sentir privilegiado, me provocó un gran embarazo. Sus comentarios me recordaron, una vez más, lo insignificante que era yo. una criatura destrozada. Se apoderó de mí un profundo sentimiento de vergüenza, como ese hombre del que habla el cineasta ruso Andreí Tarkovsky: un hombre que tuvo un accidente en la calle y perdió un brazo; cuando los transeúntes comenzaron a agolparse a su alrededor, esperando que llegara la

ambulancia, el hombre sacó un pañuelo y se lo puso en el brazo, intentarlo protegerlo de las miradas de los curiosos.

Pero siempre me sentí tentado de escribir la historia de Ali al Basrawi, aunque fuese un relato sombrío y cargado de tristeza, junto con algunos clichés de éstos del Tercer Mundo que tratan de apelar a los sentimientos de los lectores occidentales. Cada vez que pensaba en la historia, ésta reafirmaba la naturaleza poética de un rostro humano escondido como una gema bajo los millones de toneladas de basura que es la vida corriente. Quizás porque soy poeta y vivo como refugiado en un Lugar como éste, un corral para el ganado, tengo el corazón muy duro, o tal vez un cerebro con cierta tendencia a la creencia fatua en el absurdo. Un cerebro que con palabras parcas trata de expresar a un tiempo su ira y su interés en el terror humano. Pero cada vez que miro un árbol o contemplo una noche en la que abundan los lobos de la duda mi corazón se inunda de tristeza ingenua e infantil. Yo creo que la escritura no debería verse menoscabada por las emociones banales que emanan de la masa humana como emana el olor a sudor de sus camisas: todos son idénticos, como las cabinas de inodoros de un aseo público. Pero la historia de Ali se me metió en la sangre y me arrancó las lágrimas más de una noche. Lloraba porque mi corazón se había vuelto de piedra y lloraba poi que el mundo es mucho más puro y más bello de lo que parece.

Cuando Ali al Basrawi llegó al centro de refugiados, el año pasado, se produjo una gran conmoción. Los refugiados se pasaron un buen rato riéndose y gastando bromas, aventurando qué podría contener su bolsa negra. Era una bolsa de viaje con diseño de los años cincuenta. En cuanto Llegó Alí los empleados llamaron a la policía: le tuvieron tres días detenido y luego le soltaron, pero tardaron tres meses en devolverle su bolsa. En ese tiempo la bolsa fue analizada en los laboratorios de la capital y el director del centro se sorprendió mucho al saber que se la devolvían con todo su contenido.

En los años noventa Ali vivía con sus siete hermanos, todos mayores que él, en uno de los barrios más pobres de Basora. Su padre era vigilante nocturno en varias tiendas del centro y su madre, como la mayor parte de las madres iraquíes, era una criatura en la que se volcaba todo el fango de la injusticia, la tristeza y la brutalidad humana. Era víctima de un mundo depravado de hombres, sin esperanza de remisión. Si uno pudiera vivir en sus carnes lo que experimenta una madre iraquí en un solo día de su vida, no sería

difícil olvidar que Dios existe. Éste puede parecer un sentimiento romántico, simple e ingenuo, pero si hubiera cámaras ocultas que mostraran al mundo todos los horrores que padece una mujer iraquí en su propia casa, hasta las piedras alzarían la voz para denunciar el estado de Las cosas y maldecir a los causantes. Los hermanos de Ali habían heredado de su padre la inclinación a echar sobre su madre todos los problemas y desgracias de la pobreza y del destino. La apaleaban por la razón más nimia, y ella reprochaba al Señor el que no le hubiera dado una hija que la ayudara con las tareas de la casa y se apiadara de ella. Ali no olvidaría fácilmente el día en que su hermano mayor pegó y pateó a la pobre mujer hasta que quedó inconsciente porque ella había olvidado despertarle para que fuera al mercado a buscar trabajo. La única reacción de La madre a tanta brutalidad y tantos insultos era sentarse al lado del viejo armario y llorar, implorando a los santos que fueran justos y la librasen de la iniquidad. Ali era entonces un muchacho, y su madre le abrazaba mientras sollozaba. Y ella estaba abrazando, tal vez, a un niño que le pegaría cuando fuera mayor.

Ali dice que cuando se cansaba de llorar su madre sacaba del armario una bolsa pequeña que era su única posesión. Era una vieja bolsa de viaje que contenía un peine de madera, un espejo, un retrato del imán Ali. un Corán envuelto en un trozo de paño verde y una fotografía en blanco y negro de ella cuando era joven, sentada junto a su padre al lado del mar. Luego se quitaba el pañuelo negro de la cabeza y comenzaba a cepillarse el pelo tontamente durante una hora entera mientras tarareaba una antigua tonada que habla de la comprensión hacia la madre. Tal vez las constantes plegarias que la mujer lanzó para que la librasen de esa vida encontraran respuesta entre los diablos del cielo, porque murió de pronto de un derrame cerebral y, tras su muerte, Ali tuvo que esperar años hasta que pudo vengarse de sus hermanos y de su padre, ese montón de mierda que ahora vive encadenado a una silla de ruedas,

Ali lo planeó todo con tranquilidad y cuidado durante más de un año. Decidió huirá Irán, y la noche de su partida se metió en el cuarto de su madre, cogió la bolsa y se marchó. Su amigo Adnan le estaba esperando al final del callejón; llevaba una piqueta y una azada metidas en un saco. Los amigos encendieron unos cigarrillos y pusieron rumbo al cementerio. El cielo estaba claro; una luna tan grande como el miedo de Ali derramaba su luz sobre la tumba cuando los dos amigos comenzaron a cavar. Con un trozo de tela naranja

Ali limpió los huesos de su madre y luego los metió en la vieja bolsa.

Alí cogió la bolsa con su madre dentro y se marchó a Irán, feliz por haberse vengado. Imaginaba la palidez del rostro de todos cuando se enterasen de lo que había pasado. Durante su viaje rumbo a Turquía nunca se separó de la bolsa de huesos: la llevaba abrazada con amor y veneración. Aquella extraña bolsa, y la forma obsesiva en que la custodiaba, dieron lugar a bromas y mofas, pero él no prestó atención alguna, ni reveló a nadie el secreto de la bolsa. Estuvo un año trabajando en Estambul, en una fábrica de globos, para poder continuar su viaje. Durante todo ese año Ali hablaba con su madre por la noche, contándole cosas del lejano país que había elegido para vivir en paz, porque quería empezar una nueva vida y olvidar—todos los tormentos. Pero no le resultaba fácil sobreponerse a la magnitud de lo que había hecho. A veces, cuando lo pensaba, se le ponía la piel de gallina y tenía fuertes dolores de estómago. El miedo a lo desconocido, mezclado con el miedo a los remordimientos, le atenazaba el corazón.

Antes de que cayeran sobre Estambul los días de frío más crueles Ali hizo un trato con un traficante: cruzaría con él a pie la frontera entre Turquía y Grecia. El invierno es la mejor estación para cruzar una frontera, porque a los guardias les da más pereza salir a patrullar. Ali estaba preocupado porque tenían que cruzar un río. pero el traficante le tranquilizó diciéndole que lo harían en una barca lo bastante grande para todos los que cruzaban, pues no podrían pasar a nado con aquella agua tan fría. Ali compró unas bolsas de plástico por si acaso, y envolvió con ellas los huesos de su madre. Sus miedos eran infundados. El traficante no les hizo pasar el río a nado, como se oye a veces contar de algunos de estos tipos deshonestos. Pero el bosque le provocaba cierta intranquilidad, porque sucedió algo que le daba cargo de conciencia y que lo arrastró a las profundidades de una depresión.

Tan pronto como el grupo se puso en camino para atravesar el bosque, tras los pasos del traficante, aparecieron unos guardias fronterizos que comenzaron a gritar al grupo, ordenándoles que se detuvieran. Pero el traficante les apremió, les dijo que corrieran tras él tan rápido como pudieran. Corrieron entre los árboles, en la oscuridad de aquel espeso bosque, con las ramas arañándoles la cara y desgarrando sus abrigo. Ali corría tan rápido como podía, agarrando la bolsa que llevaba pegada al pecho y tratando de no perder de vista al traficante, para no perderse. Pero chocó contra un tronco de árbol,

cayó al suelo, y los huesos de su madre salieron volando en todas direcciones, en medio de la oscuridad del bosque. Allí se agachó. Iba sangrando por la frente. Intentó reunir, entre el miedo y la confusión, los huesos desperdigados. Los iba palpando con cuidado antes de volver a meterlos en la bolsa. Se limpió la sangre de los ojos y se puso en pie tambaleándose, mientras oía a los guardias gritar a lo lejos.

El grupo se libró de milagro de la emboscada que les habían tendido los guardias fronterizos gracias a la inteligencia del traficante y a su conocimiento de los senderos del bosque; a pesar de todo se perdieron un joven iraní y un kurdo, y probablemente fueron capturados. Los demás llegaron a la capital, Atenas, totalmente a salvo. El traficante los dejó en manos de un anciano griego que les llevaría, por mar, hasta Italia.

El tiempo que estuvo Ali alojado en una casa de Atenas para inmigrantes ilegales lo dedicó a comprobar los contenidos de la bolsa. Todo estaba en su sitio: los huesos, el espejo, el peine de madera, el retrato del imán Ali y el Corán. Pero faltaba la cabeza de su madre, que solía pegar sus mejillas a las de él mientras las mojaba con sus lágrimas y sus sollozos atormentados...

Ali llevará, sin duda, su bolsa de huesos a un lugar seguro donde pueda enterrarlos, un lugar que nadie más logrará encontrar. Tal vez así sólo él podrá oír las canciones que le cantaba su madre, cuya cabeza se perdió en aquel bosque.

UN CAMIÓN A BERLÍN

Esta historia sucedió en la oscuridad y, si por azares del destino tuviera que escribirla de nuevo, lo único que podría registrar son los gritos de terror que se oyeron entonces y los demás ruidos misteriosos que acompañaron a la masacre. Hay una parte fundamental de la historia que podría valer para crear una excelente pieza de radio experimental. Seguramente la mayor parte de los lectores creerán que el relato es pura invención del autor, o tal vez una modesta alegoría del horror, pero creo que no necesito jurarles nada para que ustedes se convenzan de lo raro que es este mundo. Lo que sí necesito es escribir esta historia, que es algo así como una mancha de mierda en una camisa de smoking, o tal vez una mancha en forma de flor silvestre.

En el verano de 2000 estuve trabajando en un bar del centro de Estambul. Mi rudimentario inglés me servía de ayuda, pues los clientes eran turistas, casi todos alemanes que también hablaban un inglés muy cómico. En aquel momento yo iba huyendo del infierno de varios años de sanciones económicas, y no del hambre ni del miedo a Saddam Hussein, En realidad iba huyendo de mí mismo y de otros monstruos. En aquellos años crueles el miedo a lo desconocido me ayudó a anular la sensación de pertenencia a una realidad familiar, y sacó a la superficie una brutalidad que había estado enterrada muy por debajo de las simples necesidades diarias de un hombre. En aquellos años dominaba una crueldad vil y bestial, impulsada por el miedo a morir de hambre, Y sentí que corría el peligro de convertirme en una rata.

Ahorré algo de dinero de mi sueldo y se lo pagué a los traficantes que conducen ganado humano de Oriente a las granjas de Occidente. Había diversas formas de trashumancia, distintas también en cuanto al precio: se podía viajar en avión, con un pasaporte falsificado, pero resultaba muy caro. O se podía caminar junto al traficante, atravesando bosques, ríos y fronteras,

que era el medio más económico. Había una ruta por mar y otra que se hacía en camión, que era la que yo estaba considerando aunque me asustaban las historias que se contaban: que la policía utilizaba para detectar¹ el aliento de los que se ocultaban en los camiones el mismo dispositivo que empleaban para medir las emisiones de dióxido de carbono del vehículo, por ejemplo. Pero no fue aquel cacharro lo que me hizo abandonar el plan de hacer el viaje en camión, sino la historia de Ali el Afgano y la masacre del camión a Berlín. El Afgano era un diamante en bruto en cuestión de historias de traficantes. Había vivido en Estambul ilegalmente durante diez años. Trabajaba falsificando documentos y trapicheando con drogas, y se gastaba lo que ganaba en prostitutas rusas y en sobornos a la policía. Algunas personas se han reído de mí por creerme la historia del camión que iba a Berlín. Pero lo cierto es que yo tengo más de una razón para creer en esos cuentos, porque mi visión del mundo es frágil, aterradora e inhumana: lo único que hace falta es agitarlo un poco para sacudirle su naturaleza repugnante y que emerjan sus colmillos primigenios. Naturalmente, ustedes conocen ya muchas historias trágicas similares a ésta sobre la migración y sus horrores gracias a los medios de comunicación, que se han centrado sobre todo y ante todo en los migrantes que se ahogan. Mi opinión es que, por lo que a la gente respecta, estos ahogamientos en masa son una especie de nuevo Titanic: algo así como una escena cinematográfica que el público disfruta. Los medios, por ejemplo, no realizan reportajes de comedia negra, del mismo modo que ustedes no leen historias sobre lo que hacen los ejércitos de las democracias europeas cuando, en medio de la noche, en un bosque inmenso, cogen a un grupo de humanos aterrados, empapados de lluvia, hambrientos y helados. Yo he visto a la policía búlgara golpear a un joven paquistaní con una pala hasta que se quedó inconsciente. Luego, en medio del frío más atroz, nos ordenaron a todos que nos metiéramos en un río que estaba casi congelado. Eso fue antes de que nos entregaran al ejército turco.

Ali el Afgano dice que había treinta y cinco jóvenes iraquíes, un puñado de soñadores que habían hecho un trato con un traficante turco: se subirían en un camión cerrado, destinado a la exportación de fruta enlatada, que iba de Estambul a Berlín. El trato era el siguiente: cada uno pagaba 4.000 dólares por un viaje que duraría sólo siete días: el camión viajaría de noche y pasaría el día detenido en alguna pequeña ciudad fronteriza; todo el que quisiera cagar

tendría que hacerlo por el día; mear sí se permitía por la noche: había que hacerlo en botellas de agua vacías; nadie podía llevar teléfono móvil durante el viaje, todo el mundo tenía que guardar silencio y respirar con sumo cuidado cuando el camión se paraba en algún puesto fronterizo o en un control de tráfico, y no se consentía ninguna pelea en absoluto. Pero lo que más preocupaba a aquel grupo del camión de Berlín era la historia que se había publicado en los periódicos turcos unos días antes, la historia de un grupo de afganos que habían pagado a un traficante iraní enormes sumas de dinero para que les llevara en un camión hasta Grecia. El camión circuló durante una noche entera. Al amanecer se detuvo y el traficante les dijo que salieran despacio y en silencio porque habían llegado a la frontera griega. Los afganos salieron del camión aferrados a sus bolsas, sintiendo una mezcla de miedo y de gozo, y se sentaron bajo un árbol gigante. El traficante les dijo que estaban en un bosquecillo griego y lo único que tenían que hacer era esperar hasta que fuese de día y, cuando apareciera la policía griega, solicitar asilo inmediatamente. Por la mañana los periódicos publicaron una foto de los afganos sentados en un parque público en el centro de Estambul. El camión había estado toda la noche dando vueltas por las calles de Estambul: ni siquiera habían salido a las afueras. Como en todas las historias de fraude y engaño, el iraní y su camión se desvanecieron y los afganos acabaron en la cárcel, esperando que les deportaran.

Pero el grupo del camión de Berlín no tenía más opción que la de arriesgarse. Si tenían miedo de todas las historias de engaños que se contaban se quedarían paralizados, y ello suponía perder la esperanza y volver a un país donde el hambre y la injusticia eran la moneda de cambio. Se fiaron de la reputación de un famoso traficante que, según les dijeron, era el mejor y el más honrado de toda Turquía. Hasta el momento no había defraudado a nadie ni había fracasado nunca. Era un hombre piadoso y había hecho la peregrinación a la Meca tres veces, y por eso le llamaban Haj Ibrahim.

El camión de Haj Ibrahim salió de Estambul de noche, una vez que sus «clientes» hubieron hecho acopio de alimentos y botellas de agua. Dentro del camión la oscuridad y el calor eran intensos, aunque entraba aire por una serie de agujeros minúsculos e invisibles. Como temían quedarse sin aire, los jóvenes respiraban con rapidez, como si estuvieran a punto de tirarse de cabeza al agua. Al cabo de cinco horas de viaje, con el olor de los cuerpos,

los calcetines sudados y la comida especiada que iban comiendo en la oscuridad, el ambiente quedó aún más cargado. Pero la primera noche todo salió bien. Por la mañana el camión se detuvo en un garaje, en un pequeño pueblo fronterizo. Se abrió el portón trasero y los clientes pudieron respirar de nuevo con normalidad, y así se renovaron sus esperanzas. El garaje había sido en otro tiempo un establo para vacas, y dos jóvenes supervisaron el proceso de evacuación intestinal. Los viajeros no podían abandonar el camión, y mucho menos meterse en el pueblo o ir a cualquier otra parte. Así que uno de aquellos dos jóvenes les iba acompañando por turnos a un pequeño retrete muy sucio que había en un rincón del establo mientras el otro, que fue a buscar más agua y comida, regresó al final del día.

La segunda noche les acompañaba un Mercedes que iba haciendo la misma ruta que el camión de Berlín, pero muy por delante: iba comprobando el estado de la carretera y dando información al conductor del camión. El camión de Berlín avanzó con tranquilidad durante toda la noche, e hizo sólo tres paradas breves. A la mañana siguiente les llevaron, en esta ocasión, a un enorme garaje donde había otros camiones y desde donde se podía oír el barullo de la ciudad.

La tercera noche era un jeep militar el que iba delante del camión, vigilando la ruta. En esta fase del trayecto el camión sólo circuló durante cinco horas y al final se detuvo de pronto, giró y regresó a toda velocidad por donde había venido. En la oscuridad del interior los jóvenes se sintieron desanimados y hasta palpaban el pánico del conductor por el modo enloquecido en que iba conduciendo. Comenzaron a murmurar y algunos de ellos rezaban o recitaban versos del Corán, para sus adentros o en voz muy baja. Un joven repetía sin cesar el Verso del Trono del Corán, en voz alta. Tenía una voz hermosa, pero la estropeaba con su tono lastimero, que aumentaba el desánimo de los demás viajeros. El camión circuló a esa velocidad durante casi una hora y luego se detuvo de nuevo. Un cuarto de hora después continuaron el viaje a velocidad moderada, pero los jóvenes no lograban discernir en qué dirección iban. Algunos sostenían que estaban regresando, otros creían que seguían adelante. Pensaron que eran las mafias de traficantes, que estaban dando al conductor instrucciones por teléfono móvil en función de las condiciones de la carretera y de los peligros que fueran encontrando, como las patrullas de policía. Luego los pasajeros pensaron que

el camión había tomado una carretera tortuosa y embarrada. Se paró en seco, el conductor apagó el motor, y de pronto reinó un silencio misterioso y escalofriante en el interior del camión a Berlín: un silencio demoníaco que traería consigo un milagro y una historia difícil de creer.

Los treinta y cinco jóvenes esperaron en la oscuridad del camión durante más de tres horas; comentaban entre ellos, en susurros, qué podía haber pasado. Algunos trataron de mirar por los diminutos agujeros que había junto al portón trasero. Los relojes marcaban las siete y diez de la mañana: era hora de hacer acopio de agua. Aún tenían comida suficiente, pero el agua no tardaría en acabarse. Además, tenían que cagar. Ahí comenzó la desazón: unos cuantos empezaron a patear las paredes del camión y a gritar, a ver si había fuera alguien que les oyese. Tres de ellos se mostraron en desacuerdo, y pidieron a los otros que guardaran silencio. En aquel aire escaso y cargado comenzó a flotar un olor a motín. No se distinguían unos a otros: no eran más que sombras oscuras que sólo podían ubicarse si uno captaba de dónde venía el sonido de su voz. A mediodía ya estaban todos golpeando las paredes y el portón trasero del camión, pidiendo ayuda. Algunos cagaron en las bolsas de comida, y aquel olor repulsivo empezó a acumularse en el interior del camión como los estratos de una roca. El aliento de todos aquellos jóvenes juntos era como el de un monstruo que gruñe en la oscuridad. El miedo y el olor comenzaron a destrozarles los nervios y empezaron a brotar en la oscuridad gritos y puñetazos. La reyerta se extendió, aunque finalizó al cabo de una hora porque la sed restableció la calma. Todo el mundo se quedó sentado, susurrando y especulando en voz baja como si fueran las abejas de una colmena. De cuando en cuando uno de ellos maldecía o pateaba las paredes del camión. Y en aquel momento la mayoría de los jóvenes comprobó que, escondidos en sus bolsas, llevaban agua y alimentos suficientes: los que no habían consumido.

A pesar de la oscuridad tan profunda, que hacía imposible distinguir una cara de un pie, comenzaron a hacer cosas que no eran, necesarias, dadas las circunstancias: uno se ató los cordones de los zapatos, otro se quitó el reloj y se lo escondió en el bolsillo, un tercero se cambió la camisa... Cómo es la imaginación del hombre, tan extrañamente activa en situaciones como ésta, capaz de actuar como una especie de alarma o de droga alucinógena.

Al tercer día el caos fue completo. Algunos jóvenes que aún tenían

energías para aferrarse a la vida trataron de romper la puerta del camión, mientras otros seguían gritando y golpeando las paredes. Uno de ellos rogaba y suplicaba un trago de agua. Se oían pedos e insultos. Rezaban y recitaban versos del Corán en voz alta. Otros, presa de la desesperación, se sentaron a recordar su vida como un enfermo a punto de morir. Los olores eran insoportables: lo suficiente como para exterminar a más de una bandada de pájaros que pasara sobre sus cabezas. Y no escribo ahora sobre los sonidos y olores que suelen ser habituales a lo largo de los caminos de la migración clandestina, sino sobre el grito sonoro que de súbito estalló en medio del desorden. Sonó como una fuerza desconocida que de repente hubiera transformado el clamor y el caos del camión en una despiadada capa de hielo. Luego imperó un silencio intenso y pegajoso que permitía oír el latido del corazón de todos los viajeros. Aquel grito emergía de unas profundidades cuyos secretos nunca han sido revelados. Cuando oyeron el grito intentaron imaginar de dónde procedía, pues no era humana ni animal aquella voz que había sacudido la oscuridad del camión.

Parecía que la crueldad del hombre, la crueldad de los animales y los monstruos legendarios se hubieran unido y condensado y hubieran comenzado a tocar una melodía infernal.

Al cabo de cuatro días llegó la policía serbia. Habían encontrado el camión a las afueras de una pequeña ciudad fronteriza rodeada de bosques por todas partes, abandonado en una granja avícola. No importa lo que les sucediera a los traficantes: estas historias son todas parecidas. Tal vez se dieron cuenta de que la policía estaba vigilando sus movimientos y querían esconderse durante unos días, tal vez el abandono estaba vinculado, por alguna razón, a las disputas que a veces se desencadenan entre estas mafias de tráfico de personas, a cuenta del dinero.

Cuando los policías abrieron la puerta trasera del camión saltó al exterior un joven empapado en sangre que comenzó a correr como un poseso en dirección al bosque. Un policía corrió tras él, pero el joven desapareció en la inmensidad. En el camión quedaban treinta y cuatro cuerpos. No los habían despedazado con cuchillos ni con cualquier otra arma: aquello parecía más bien obra de las garras y el pico de un águila, los dientes de un cocodrilo y otros instrumentos desconocidos. El camión estaba lleno de mierda, de pis y de sangre, de hígados esparcidos, de ojos sacados de las órbitas y de

intestinos. Era como si hubiera pasado por allí una manada de lobos hambrientos. Treinta y cuatro hombres se habían convertido en una masa enorme y pastosa de carne, sangre y mierda.

Nadie creyó la historia que contó Jankovic, el policía serbio. De hecho, se burlaron de él. Los que estaban con él no corroboraron su relato, aunque se mostraron de acuerdo con él respecto al joven ensangrentado que había salido corriendo hacia el bosque. Los periódicos serbios se preguntaban por qué había desaparecido el joven, y la policía respondió que había cruzado la frontera y había pasado a Hungría.

En la cama, Jankovic mira al techo y le dice a su esposa: «No estoy loco, mujer, te lo he dicho mil veces. En cuanto aquel hombre llegó al bosque empezó a correr a cuatro patas y se convirtió en un lobo gris. Luego desapareció...».

LAS PESADILLAS DE CARLOS FUENTES

En Irak se llamaba Salim Abdul Husain y trabajaba para el ayuntamiento, en el departamento de limpiezas. Formaba parte de un grupo al que el director había enviado a limpiar tras las explosiones, Murió en Holanda en 2009, con otro nombre; Carlos Fuentes.

Iba Salim aburrido y asqueado, como cualquier otro de sus miserables días, a limpiar un mercado callejero. Había explotado en las inmediaciones un camión cisterna cargado de gasolina y había incinerado pollos, frutas, verduras y algunas personas. Estaban barriendo la calle con calma y cuidado, por sí entre los escombros había alguna parte de un cuerpo humano, pero también como siempre mirando con atención por si encontraban una cartera intacta, una cadena de oro, un anillo o un reloj que aún diera la hora, Salim no solía tener tanta suerte como sus colegas a la hora de encontrar cosas de valor de entre los muertos. Y necesitaba dinero para comprarse un visado y marcharse a Holanda, para escapar de aquel infierno de fuego y muerte. Su único hallazgo afortunado fue el dedo de un hombre con un anillo de plata de gran belleza. Salim pisó el dedo firmemente, se inclinó despacio, y con desagrado extrajo el anillo de plata. Luego cogió el dedo y lo metió en la bolsa negra donde ponían todos los restos humanos. El anillo terminó en el dedo de Salim, que empezó a contemplarla piedra con una mezcla de sorpresa y curiosidad y acabó por abandonar la idea de venderlo, ¿Podría decirse que sentía una especie de relación espiritual, secreta, con aquel anillo?

Cuando solicitó asilo en Holanda pidió también un cambio de nombre: de Salim Abdul Husain a Car los Fuentes. Explicó su petición al funcionario del departamento de inmigración, aduciendo que tenía miedo de los grupos de

islamistas fanáticos, pues su solicitud de asilo se basaba en su trabajo como traductor para las fuerzas estadounidenses y temía que alguien deseara asesinarle por traidor a su país. Salim había consultado a su primo, que vivía en Francia, lo del cambio de nombre. Le llamó por el móvil desde el departamento de inmigración, porque Salim no tenía una idea clara del tipo de nombre extranjero que le iría bien. En su piso de Francia su primo estaba dando una profunda calada a un porro cuando llamó Salim. Trató de reprimir una carcajada, y dijo:

—Tienes toda la razón. Es cien veces mejor ser de Senegal o de China que entrar en Europa con un nombre árabe. Pero no puedes elegir un nombre como Jack o Stephen, un nombre europeo, quiero decir. Tal vez deberías elegir un nombre... de moreno. Cubano o argentino. Se adaptaría mejor a tu tipo de piel, que es del color de un pan de cebada quemado. Su primo estaba hojeando una pila de periódicos en la cocina mientras hablaba con él por teléfono, y recordó que un par de días antes había leído un nombre, quizás español, en un artículo de literatura del que no entendió gran cosa. Salim agradeció a su primo efusivamente la ayuda que le había prestado y le deseó una vida feliz en ese gran país que es Francia.

Carlos Fuentes estaba muy contento con su nuevo nombre; la belleza de Ámsterdam también le hacía feliz. Fuentes no perdió el tiempo. Se apuntó a clases de neerlandés y se hizo el propósito de no hablar árabe a partir de aquel momento, y de no mezclarse con árabes ni iraquíes le pasara lo que le pasara en la vida. «Ya estoy harto de miseria, de atraso, de mierda, de meados y de camellos», se dijo. En aquel primer año de su nueva vida Fuentes no dejaba de comparar cada cosa que veía con la situación de su país de origen. A veces lo hacía en forma de pregunta, otras en forma de exclamación. Caminaba por la calle murmurando, malhumorado y muerto de envidia:

—¡Mira qué limpias están las calles! Mira el asiento del retrete... ¡resplandece! ¿Por qué no podemos nosotros comer como ellos? Nosotros nos metemos la comida como si fuera a desaparecer. Si esa chica de la minifalda fuera enseñando así las piernas por la plaza de la Puerta de Oriente, desaparecía al momento. No habría caminado ni diez metros y se la tragaría la tierra. ¿Por qué son los árboles tan verdes y tan hermosos como si los lavaran con agua todos los días? ¿Por qué no podemos ser nosotros tan apacibles como ellos? Nosotros vivimos en casas que parecen pocilgas, y las suyas en

cambio son cálidas, seguras y coloridas. ¿Por qué respetan a los perros como si fueran seres humanos? ¿Por qué nosotros nos masturbamos las veinticuatro horas del día? ¿Cómo podríamos nosotros tener un gobierno decente como el suyo?

Todo lo que veía Carlos Fuentes le dejaba estupefacto y humillado al mismo tiempo, desde la suavidad del papel higiénico de Holanda hasta el edificio del parlamento, protegido sólo por cámaras de seguridad.

La vida de Carlos Fuentes iba tal y como él la había planeado, Cada día daba un paso más en su afán de enterrar su identidad y su pasado. Siempre se burlaba de los inmigrantes y los extranjeros que no respetaban las normas de la vida holandesa o se quejaban continuamente. Los llamaba «gerbos deficientes». Trabajaban ilegalmente en los restaurantes, no pagaban impuestos y no respetaban ninguna ley. Eran salvajes de la Edad de Piedra, Odiaban a los holandeses, que les habían dado casa y comida. Tenía la sensación de que él era el único que merecía ser adoptado por aquel país compasivo y tolerante, y pensaba que el gobierno holandés debía expulsar a todo aquel que no aprendiera bien el idioma o cometiera algún delito, aunque sólo fuera cruzar la calle violando las normas de seguridad. Que se vayan a cagar a sus países de mierda.

Tras aprender neerlandés en tiempo récord, para sorpresa de todo aquel que le conocía, Carlos Fuentes trabajó sin descanso, pagó sus impuestos y se negó a vivir de la caridad. La recompensa a sus esfuerzos por integrar su mentalidad y su espíritu en la sociedad holandesa llegó cuando se echó una novia holandesa de buen corazón que le amaba y respetaba. Ella pesaba noventa kilos y tenía unos rasgos infantiles como de personaje de dibujos animados. Fuentes se esforzó mucho por tratarla como lo haría un hombre sensible y liberal, como un occidental, más o menos. Naturalmente, siempre decía que era de origen mejicano y que su padre se había ido del país y se había establecido en Irak, donde trabajaba como ingeniero para una compañía petrolera. A Carlos le gustaba describir a los iraquíes como gente incivilizada y atrasada que no sabía el significado de la palabra «humanidad». «No son más que un puñado de clanes salvajes», solía decir.

Por su matrimonio con una mujer holandesa, su dominio del neerlandés, su participación en numerosos cursos sobre la historia y la cultura holandesas y por el hecho de no tener ningún problema jurídico ni una sola mancha en su

certificado de penales, pudo obtener la nacionalidad holandesa antes de lo que otros inmigrantes podrían soñar. Carlos Fuentes decidió celebrar todos los años el aniversario del día en que le dieron la nacionalidad holandesa. Fuentes sentía que su piel y su sangre habían cambiado radicalmente, y que sus pulmones estaban respirando la verdadera vida. Para reforzar su determinación siempre repetía: «Dadme un país que me trate con respeto y yo lo adoraré toda mi vida y rogaré por él».

Y así iban las cosas, hasta que empezó con el problema de los sueños y todo se hizo añicos o, como suele decirse: «Los proverbios y los dichos no se desgastan; los que se desgastan son los hombres». El viento no fue favorable para Fuentes. El primero de sus sueños fue triste y desconcertante. En él, era incapaz de hablar neerlandés. Estaba en pie ante su jefe holandés y le hablaba en un dialecto iraquí, lo que le provocaba una enorme incomodidad y un terrible dolor de cabeza. Se despertaba empapado en sudor y rompía a llorar. Al principio pensó que no eran más que sueños fugaces, que acabarían pasando. Pero los sueños continuaron acechándole sin piedad. Veía en ellos a un grupo de niños, en el barrio pobre donde había nacido, que corrían tras él y se burlaban de su nuevo nombre. Le gritaban, dando palmas: «Carlos cobarde, Carlos tontaina, Carlos maricón». Estos sueños irritantes se fueron transformando, noche tras noche, en aterradoras pesadillas. Una noche soñó que había puesto un coche bomba en el centro de Ámsterdam. Estaba de pie ante el tribunal, avergonzado y abochornado. Los jueces fueron muy estrictos y no le permitieron hablar neerlandés, en un intento de humillarle y degradarle. Le trajeron un intérprete iraquí que le pidió que no hablara con aquel acento suyo incomprensible, tan rústico, lo que aumentó su sufrimiento y su incomodidad.

Fuentes empezó a ir a la biblioteca, donde pasaba horas buscando libros sobre sueños. En su primera visita encontró un libro de Erich Fromm, titulado *El lenguaje olvidado*. No entendía gran cosa, y no le gustaba el punto de vista del autor, que no acababa de captar porque no había terminado ni la enseñanza media. «Esto no son más que sandeces», se dijo Fuentes al leer el libro de Fromm: «Cuando dormimos somos libres, más libres de hecho que cuando estamos despiertos... Podemos incluso parecemos a los ángeles, dado que no estamos sujetos a las leyes de la realidad. Durante el sueño, el territorio de la realidad retrocede para dejar paso al reino de la libertad. La existencia del

ego se convierte en el único punto de referencia para pensamientos y sentimientos».

Como le empezaba a doler la cabeza, Fuentes dejó el libro. ¿Cómo podemos ser libres cuando no podemos controlar nuestros sueños? ¡Qué estupidez! Fuentes preguntó a la bibliotecaria si había algún otro libro, más sencillo, sobre los sueños. Y la bibliotecaria no entendió bien la pregunta o bien quería presumir de lo culta y leída que era y de cuánto sabía del asunto. Le habló de un libro que trataba de la conexión entre los sueños y la comida y cómo duerme uno, y luego comenzó a darle información y consejos. También le envió a una biblioteca que tenía revistas especializadas en los misterios del mundo de los sueños.

La esposa de Fuentes había notado ya el extraño comportamiento de su marido, así como su cambio de hábitos con la comida y la forma de dormir, o cuándo entraba y cuándo salía del baño. Por ejemplo: Fuentes no volvió a comer batata, y eso que siempre le había gustado de cualquier forma. Siempre compraba carne de ave, que suele ser cara. Naturalmente, su esposa no sabía que comer tubérculos es la causa probable de los sueños relacionados con el pasado y las raíces de una persona. Comerse las raíces de una planta tiene un efecto distinto que el que provoca comer pescado, que vive en el agua, o comerse las frutas de los árboles. Fuentes se sentaba a la mesa y masticaba cualquier bocado como si fuera un camello, pues masticar bien aleja la posibilidad de tener pesadillas. No había leído nada de la carne de ave, por ejemplo, pero se imaginó que comerse a un ave que va por el aire le proporcionaría sueños más felices y liberados.

En todos sus intentos por integrar mejor sus sueños con su nueva vida siempre andaba dando bandazos entre lo que imaginaba y la información que encontraba en los libros. Al final llegó a la conclusión de que su ambición iba más allá del mero afán de deshacerse de los sueños molestos: él quería controlarlos, modificarlos, purgarlos de todo aquel aire nauseabundo e integrarlos en las reglas salubres de la vida holandesa. Para poder incorporar nuevas imágenes e ideas los sueños tienen que aprender el idioma que se habla en el país nuevo. Y todas las caras tristes e infelices tenían que desaparecer. Así que Fuentes leyó más y más libros y revistas sobre los misterios del sueño y de los sueños, según varias filosofías y enfoques diferentes. Fuentes también dejó de dormir desnudo y de tocar la piel desnuda de su esposa. Comenzó a

usar un pijama de lana gruesa que dio lugar a discusiones conyugales: tuvo incluso que marcharse a dormir al sofá del salón. Y es que también había leído que la desnudez atrae al durmiente hacia la zona de su niñez. Todos los días se daba un baño a las 12.05 en punto y, al salir del cuarto de baño, se sentaba en la mesa de la cocina y tomaba unas gotas de aceite de jazmín. Antes de irse a la cama, por la noche, escribía en un trozo de papel los principales alimentos calmantes que tenía que comprar al día siguiente. Y así fueron las cosas durante más de un mes, sin que Fuentes lograra resultados positivos. Pero tenía paciencia y una voluntad inquebrantable. Con el paso de los días comenzó a llevar a cabo misteriosos rituales secretos. Se tiñó el pelo y las uñas de los pies de un tono verde, y dormía boca abajo recitando oscuras palabras. Una noche se pintó la cara como un indio americano, durmió ataviado con un pijama naranja transparente y puso bajo la almohada tres plumas de tres pájaros distintos.

Su dignidad no le permitía contarle a su esposa lo que le estaba ocurriendo. Creía que era un problema suyo, y que podía superarlo: no en vano en el pasado había sobrevivido a situaciones terribles que le habían puesto a prueba. A cambio, su mujer se mostró más indulgente con tan extravagante conducta, pues no había olvidado lo amable y generoso que era Fuentes. Decidió darle otra oportunidad antes de intervenir y poner punto final a lo que estaba sucediendo. Una hermosa noche de verano Callos Fuentes estaba durmiendo vestido con un uniforme militar; tenía junto a él un riñe de juguete, de plástico. Tan pronto como comenzó a soñar se hizo realidad un deseo que llevaba tiempo persiguiendo: se dio cuenta, en su sueño, de que estaba soñando, Aquello era exactamente lo que había estado intentando durante tanto tiempo: activar su mente consciente dentro del sueño, de modo que pudiera echar fuera toda la basura del inconsciente. En su sueño estaba de pie ante la puerta de un viejo edificio que tenía el aspecto de haber sido devastado por el fuego en alguna etapa anterior. El edificio estaba en el centro de Bagdad. Lo que le molestaba era que veía las cosas a través de la mira telescópica del rifle que tenía en la mano. Fuentes irrumpió en el interior del edificio a través de aquella puerta y recorrió todos los pisos, uno tras otros, disparando sin piedad a todo el que encontró a su paso. Ni siquiera los niños sobrevivieron a las ráfagas de sus balas. Hubo gritos y confusión. Pero Fuentes tenía los nervios templados e iba seleccionando a sus víctimas con

pericia y puntería. Le preocupaba despertarse antes de finalizar su cometido, y pensó: «Si tuviera unas granadas de mano podría terminar enseguida el trabajo en este edificio y pasar al siguiente». Pero en la sexta planta le esperaba una sorpresa: cuando entró en el primero de los pisos se encontró cara a cara... ¡con Salim Abdul Husain! Salim estaba desnudo junto a la ventana, y tenía en la mano una escoba manchada de sangre. Con la mano temblorosa Fuentes apuntó con su rifle a la cabeza de Salim. Salim comenzó a sonreír y repetía burlón: «Salim el holandés, Salim el mejicano, Salim el iraquí, Salim el francés. Salim el indio. Salim el paquistaní, Salim el nigeriano...».

Los nervios de Fuentes se quebraron y cayó presa del pánico. Soltó un sonoro grito y comenzó a disparar a Salim Abdul Husain, pero éste saltó por la ventana y ni una sola bala hizo blanco.

Cuando la mujer de Fuentes despertó, con aquel grito, y asomó la cabeza por la ventana, vio que Carlos estaba muerto sobre la acera. Un charco de sangre se extendía lentamente bajo su cabeza. Tal vez Fuentes habría perdonado a los periódicos holandeses, que escribieron que un hombre de nacionalidad iraquí se había quitado la vida esa noche lanzándose desde la ventana de un sexto piso, en lugar de escribir que un ciudadano holandés se había suicidado. Pero nunca perdonará a sus hermanos, que enviaron su cuerpo desnudo a Irak y lo enterraron en el cementerio de Najaf. La parte más hermosa de la historia de Carlos Fuentes, con todo, es la imagen que captó un aficionado que vivía cerca de la escena del suceso. El joven hizo la foto desde un ángulo bajo. La policía había cubierto el cuerpo y la única parte que quedaba fuera de la sábana azul era la mano derecha, extendida. La fotografía estaba en blanco y negro, pero la piedra del anillo que Carlos Fuentes lucía en el dedo brillaba en primer plano, roja como el sol del infierno.

ESA SONRISA TAN POCO PROPICIA

Ese dicho que reza: «Es el cuerpo lo que hay que proteger, y no el pensamiento»¹ le vino a la mente cuando se sentó en el váter de un restaurante chino. Especuló con la idea de que su mente quería resolver un enigma: «¿Qué significaba aquella maldita sonrisa de esta mañana, cuando me desperté?». Salió del váter y pidió una taza de té verde. Aquel día había salido de casa muy temprano, antes de que se levantaran su mujer y su hija. Desde el restaurante envió a su mujer un mensaje de texto diciendo que había salido a dar un paseo y volvería dentro de una hora. Y ahora estaba huyendo. Recordó que el día anterior ella le había pedido que el lunes comprara un aspirador nuevo, y en ese momento se fijó en dos señoras mayores, sentadas en un rincón del restaurante, que estaban haciendo un crucigrama del periódico a medias: una de ellas sostenía el bolígrafo y la otra pensaba, con un dedo en la nariz. El día anterior el aspirador había dejado de funcionar cuando él mismo estaba limpiando el cuarto de la niña. Ahora estaba contemplando el reflejo de su sonrisa en la taza de té, y vio que se había vuelto verde. Mientras observaba a las dos mujeres comenzó a pensar en la cuestión del pensamiento y del cuerpo. Antes de entrar en el restaurante había visto a un grupo de niños parados en un semáforo, esperando a que se pusiera verde. Iban en dos filas con dos profesores, uno delante y otro detrás. Trató de calcular cuántos niños había: eran doce de esa variedad llamada «esperanza en el futuro». Su mente movió la cola con deleite. Se convertirían en médicos, ingenieros, asesinos, poetas, alcohólicos y desempleados: doce niños que serían la cubierta nueva de un libro viejo. Su mente se movió lentamente hacia adelante y él comenzó a percibir el olor de la muerte. Éstos son nuestros hijos, los que visitarán nuestras tumbas, se dijo. Doce ideas que cruzan la calle, animosas y llenas de energía. Ellos son el motor del futuro. Se puso en pie y volvió al aseo. Se lavó

la cara por décima vez, pero la sonrisa seguía allí pegada. Si no hubiera tenido problemas con sus fantasías en el pasado se habría comportado como cualquier hombre sensible: se habría mirado al espejo y habría exclamado: «¡Imposible!». Pero estaba habituado a las sorpresas, y la experiencia le había enseñado a buscar la salida de emergencia en lugar de perder el tiempo buscando las causas de sus predicamentos. Su mente adivinó que aquella sonrisa había llegado hasta él en un sueño anterior, un sueño ingenuo y cinematográfico que nada tenía que ver con su pasado:

Él la besa en los labios y trata de subir las escaleras: luego se vuelve a sentar en el primer peldaño. Sonríe, y apoya la cabeza en la pared. Ella se cepilla los dientes en la cocina y le grita: le pide que quite la sábana de la cama y se la acerque, porque quiere lavarla. Pero en ese momento él está cayendo por un pozo, cae flotando en el aire como si fuera una pluma. Está lejos de la luz: es un muerto que oye la última llamada de ella. Cuatro años después de este incidente de las escaleras la mujer muere. La encuentran tendida en la mesa de la cocina con el cepillo de dientes en una mano y, en él, un trozo de carne del tamaño de una hormiga.

¿Diremos que después de cepillarse los dientes la mujer los rayos del sol atravesaban la ventana, o que la lluvia golpeaba los cristales? El mismo sueño, recurrente, todas las noches. Hace falta esa música antigua y, sin embargo, ¿cómo es que han desaparecido todas estas historias intemporales sobre la muerte? ¿Qué eterna ingenuidad se agazapa en las historias que hablan de la hermosa muerte! Pequeñas historias que penetran como un cepillo de dientes. ¿Por qué nos proponemos siempre complicar estas historias sobre la muerte? Una sombra gigante le hace todas estas preguntas al hombre del sueño.

Por la mañana el hombre amanece con una sonrisa, que luego ve en el espejo. Parece que tras el sueño se le ha quedado ahí, fija. Una vez, tras una discusión inusual con un miembro de la Asociación para la Defensa de los Desafortunados, él dijo:

«No quiero que mi mujer y mi hija me vean sonriendo como un idiota, sin motivo alguno. Aquella sonrisa no tenía sentido. Era una sonrisa amplia, pero no mostraba mis dientes estropeados. Mis labios estaban sellados, como los de un payaso. Me froté la cara con agua y jabón, pero la sonrisa seguía allí. Me lavé los dientes tres veces, pero continuaba en mí cara, como pintada con tinta indeleble. Y pensé “Tal vez irá desapareciendo a lo largo del día, igual

que se derrite la nieve en una mañana soleada". No sé cómo se me ocurrió aquello. Luego comencé a sentir un calor intenso, aunque era invierno. Me puse una camiseta de deporte, liviana, que llevaba impresa en la espalda la imagen de un cuervo negro posado en una pelota de baloncesto. La pelota estaba ilustrada como un mapamundi. Me puse un par de vaqueros limpios y mi abrigo negro de invierno. Y decidí resolver el misterio de la sonrisa. Mi esposa y mi hija han sufrido mucho y a mí me preocupa que hayan perdido la paciencia conmigo porque a mí no me han dejado de ocurrir desastres en este mundo, uno tras otro. Pero no soy un tipo desafortunado, así que dejen de ponerme esa estúpida etiqueta.

»La nieve caía, bailando. Era increíble y hermoso. Por primera vez el cielo era generoso y me lanzaba todas aquellas joyas. He sentido algo así anteriormente. Te despiertas una mañana y, por su olor, piensas: "La vida me sigue tratando bien". Luego hay momentos de tristeza que adquieren disfraces y olores diferentes. Te emborrachas y lloriqueas y crees que has apartado esa enorme roca que estaba bloqueando los canales de tu jornada, y que ésta ha tocado a su fin con un doloroso golpe. Un hombre que no conocía pasó junto a mí envuelto en un grueso abrigo invernal; llevaba al cuello una bufanda de lana y en la cabeza un sombrero negro en el que se iban concentrando los copos de nieve. Me seguía mirando, se seguía volviendo hacia mí, sonriendo, sin dejar de caminar en dirección opuesta. Yo quería corresponderle con otra sonrisa. Me pasé los dedos por los labios. Pero yo no necesitaba una sonrisa nueva: me giré rápidamente hacia él y le dediqué, en justa correspondencia, aquella sonrisa mía de ensueño.

»Fui al restaurante chino a tomar un té y a contemplar esa sonrisa en el espejo. Vi a dos viejas lesbianas que estaban haciendo un crucigrama. Envié a mi mujer un segundo mensaje de teléfono, diciéndole que tardaría un poco más en volver, porque me iría directo a las tiendas a comprar el aspirador. Tenía que encontrar una solución para aquella maldita sonrisa. Pensé en ir al hospital. Tal vez estaba enfermo y la sonrisa era una especie de aviso. Pero en lugar de eso me sorprendí caminando hacia un cine y comprando una entrada. Sentí que una fiebre horrible se me extendía por el cuerpo. Bajo un enorme cartel que anunciaba la película de la semana próxima había unas chicas. Del cartel sobresalían los colmillos de Drácula, y la sangre resbalaba por las comisuras de su boca. En la cara de este monstruo también había una sonrisa.

Las chicas estaban sentadas como si estuvieran en el colegio. Todas me miraban raro, con una expresión de miedo. Luego sonrieron por turnos, de derecha a izquierda. Yo estaba sentado delante de ellas. Me quité el abrigo y les di la espalda, para que vieran claramente el cuervo y la pelota de baloncesto. No me pregunten por qué hice una cosa así. ¿Tienen alguna respuesta a esta maldita sonrisa? Después examiné mis rasgos en los espejos del vestíbulo. Confieso que me sentí satisfecho con esta nueva sonrisa. Yo al menos no tengo que contraer los músculos de la cara cuando sonrío, como hacen los demás. Olvidé decirles que una de las viejas lesbianas me dijo que conservara aquella hermosa sonrisa porque los finlandeses, en invierno, se ponen muy serios y parecen deprimidos, lo que hace que el invierno resulte aún más gris.

»La película era una historia lacrimógena asquerosa y con un ritmo trepidante. La protagonista prendía fuego a su casa con el marido y los hijos dentro. Entonces se empiezan a oír Los gritos y los sollozos de ella delante del fuego y se ve a los vecinos con la mano en La boca, como si fueran a vomitar. Una señora elegantemente vestida que estaba sentada a mi lado empezó a llorar a lágrima viva. Se volvió despacio hacia mí y me susurró, aterrorizada:

—¡Será cerdo!

»Yo me giré hacia ella sin dar crédito a sus palabras, y ella me miró, esta vez con desdén. Sus ojos, como los de un imbécil, iban de la pantalla —con el desastre que había montado la protagonista de la película a mi rostro resplandeciente. Tenía pinta de estar asqueada y de querer abofetearme por culpa de mí sonrisa. Yo quería explicárselo: “No me río de lo que le ha ocurrido a esa mujer y a su casa, señora (aunque es una zorra, lo mismo que usted). Es que hoy por la mañana, cuando me levanté, me encontré con esta sonrisa puesta”.

»Ignoré a la mujer y traté de hacer como que compadecía a la protagonista de la película, que había sacado un revólver del cinturón y se había disparado una bala en mitad de un montón de gente allí congregada que se dispersó rápidamente cuando llegaron los coches de bomberos.

«Cuando se encendieron las luces del cine la señora elegante que había a mi lado se puso de pie y me insultó, esta vez en voz alta:

—¡Animal! ¡Hijo de perra!

»La audiencia se volvió hacia mí, pero lo único que hicieron al verme la

cara fue sonreír. ¿Sonreían al insulto, al cuervo posado en la pelota? ¿O sonreían porque yo había respondido al insulto de aquella mujer con mi distante sonrisa? Tenía que deshacerme de aquella sonrisa lo antes posible. Mi mujer me llamó, pero mentí y dije que seguía buscando un aspirador adecuado.

»La nieve seguía cayendo, brillando aún más cuando empezó a soplar un viento suave que la hacía caer en sesgo. Yo estaba asustado y confundido, pensando que aquella sonrisa podía aparecer en cualquier momento, incluso cuando se produjera algún desastre. ¿Y si un autobús le pasaba por encima a uno de los transeúntes y se le salían las entrañas por el culo? Desde luego, toda la pandilla caería presa del pánico ¿Y si se daban cuenta de que yo estaba sonriendo cuando me uniera a ellos para disfrutar de tan entretenido espectáculo gratuito? No había duda de que me darían una buena tunda. ¿Cómo iba a explicarles que no tenía nada que ver con lo que había ocurrido? ¿Quién tolera que uno le esté sonriendo en las narices cuando, por ejemplo, su bebé se está muriendo de hambre? ¿Podrías explicar tranquilamente a esa persona que te estás riendo de la vida, que creó a este niño sin razón y ahora pretende librarse de él dándole una patada en la barriga, también sin razón? ¿No te apuñalarían el padre y la madre de esa criatura? ¿No harían pedazos a tal bestia sin corazón? Corrí a meterme en un bar que había allí al lado. Es el cuerpo lo que hay que proteger, y no el pensamiento. ¿Qué pasaría si perdiéramos el control sobre esos gestos comunes y heredados que nos mantienen unidos en el miedo y en la felicidad?

»Al entrar en el bar, que estaba sospechosamente abarrotado, sentí una punzada en el estómago. Sí que empiezan pronto a beber los finlandeses... Mi llegada al bar dio lugar a un festival de sonrisas, pero éstas se fueron desvaneciendo poco a poco y convirtiéndose en carcajadas y en comentarios intermitentes que eran, técnicamente, insultos espontáneos. Al principio no entendí por qué el camarero dudó cuando pedí una cerveza. Pero después me dijo: "Debería usted tomarse la cerveza deprisa y marcharse". Miré a los otros parroquianos, uno por uno. enfadado por aquella acogida tan poco amable. "Pero ¿qué tipo de bar es éste", dije yo en voz alta sonriendo, como pueden imaginar, aunque no quisiera. Tal vez pensaban que yo no era más que un animal domesticado que ya ha recibido más de lo que le corresponde. Había cuatro jóvenes con la cabeza rapada y chaquetas de cuero negras. Entonces me di cuenta de que aquél era un bar de neonazis. Se estaban burlando de mi

atrevimiento o de mi estupidez, y me miraban, entre una bebida y otra, haciendo bromas e insultándome. Uno de ellos se puso en pie, se sacó la polla y me la empezó a menear en la cara. Todo el mundo estalló en carcajadas, incluido el camarero. Yo pensé que tenía que mantener el control, beberme la cerveza rápidamente y escapar de aquel asqueroso agujero. Pero fui un estúpido. Me hice el valiente y el indiferente. Me senté como un capitán en su barco, sonriendo. Pero el camarero, el muy hijo de puta, me dijo que me marchara de una vez, porque no quería problemas. Naturalmente, yo me mostré encantado con aquella expulsión. Así que salí del bar de los nazis como un ratón asustado. Era domingo, y yo había pensado que era lunes. Al menos recordaba eso, y pensé que mi mujer se enfadaría mucho cuando leyera mis mensajes. ¿Qué tienda de electrodomésticos está abierta en domingo? ¿Con qué otra mentira podría cubrir aquella primera mentira? Pensé en irme a casa y contarle todo a mi mujer. Mi sonrisa sería la prueba de que decía la verdad. Pero mis sentimientos eran contradictorios. Entré entonces en un pequeño negocio, compré seis botellas de cerveza y me fui al parque. ¿De verdad tenía mala suerte? ¿O es que había nacido por error?

»Las calles estaban vacías y el viento estaba causando estragos y provocando un enorme revuelo, intentando cambiar de sitio las cosas: sopló sobre una lista de precios que había plantada en la puerta de un restaurante cerrado, luego trajo consigo una enorme caja de cartón que siguió volando como si fuera un cuerpo medio desmembrado. Había paquetes de cigarrillos vacíos que se perseguían entre sí. Inconscientemente silbé una musiquilla. Quería cantar, pero no sabía por qué canción decidirme. No me venía a la cabeza la letra de ninguna canción. Se apoderó de mí una ligera angustia. ¿Hasta ese punto me habían extraído de la memoria las letras de todas las canciones? Lo único que conseguía era canturrear algunas cortitas. Seguí tarareando, con la esperanza de que en algún momento la letra me viniera a la cabeza, pero en lugar de eso sólo vinieron unas lágrimas estúpidas. El viento arrastró una bolsa blanca vacía que me pasó junto a la oreja y me hizo olvidar la canción. Me había asustado. La bolsa dio una voltereta en el cruce, como si estuviera decidiendo qué rumbo tomar. Se elevó, dubitativa, durante un momento, y luego cayó dando tumbos sobre el asfalto. Esta vez el viento la arrastró por el suelo a pesar de los esfuerzos de la bolsa y la dejó junto al montón de basura que se había acumulado en la alcantarilla.

»Llegué al jardín pensando en cómo había mentido a mi mujer. Definitivamente, pensaría que habría ido a ver a una mujer y ahora estaría furiosa, metiendo mi ropa en una bolsa y preparándolo todo para echarme de casa.

»Cuando miré a través de la espesa arboleda pensé, al principio, que el viento había arrastrado algunas bolsas más: bolsas negras. Pero lo que había traído eran aquellos cuatro jóvenes con la cabeza rapada. Con el instinto de un animal presentí el peligro. Percibí su olor cuando se acercaron a mí. Sin motivo alguno me puse en pie y empecé a mear detrás de un árbol gigante. Dos de ellos se pusieron a mi derecha y los otros dos a mi izquierda. Parecían los Ángeles Custodios. Se sacaron las pollas y empezaron a mear todos ellos, con el vigor de un burro que no ha meado en varios años. Mientras meaban me miraban envarados y con expresión desdeñosa a causa de mi polla, de la que de puro miedo no había salido ni una gota. Yo era presa fácil, además de cobarde. El ruido que hacían los chorros de sus meadas llenaba el aire como una catarata de agua en medio de la noche. El viento se paró, o se hizo más suave, para dejar espacio a aquella sinfonía de meadas. El olor me llegaba al cerebro como si fuera un gas nervioso, tóxico, o tal vez era el viento, que quería dar al cielo un nuevo aspecto.

»Todo terminó a la velocidad de la luz. En cosa de minutos dieron rienda suelta a todos sus instintos animales y me propinaron una buena paliza. Luego huyeron, como si el viento los hubiera atrapado, los hubiera escondido entre los pliegues de su solemne capa y hubiera vuelto al trabajo cuando ya los jóvenes habían cumplido perfectamente su misión. Yo sangraba por el oído, por la nariz, por la boca y por el ojo, y también por los orificios tapados de mi alma. Intenté levantarme. Deseé que aquel viento, esclavo del cielo que le obedecía ciegamente y con total lealtad, me llevara a mí también. Pero no lo hizo. Lo estaba barriendo todo salvo mi cuerpo vacío, que yacía sangrante junto al árbol como si lo que acababa de pasar fuera parte de una historia cómica llena de peripecias banales. Vi bolsas vacías de todos los colores y formas. Volaban a mi alrededor a velocidad de vértigo, como si me estuvieran haciendo una ofrenda con sobras de huesos, momentos y lugares. No parecían muy felices conmigo, como tampoco la fuerza que las impulsaba. Una de ellas, una bolsa gris rajada, pasó junto a mí y me di cuenta de que era el chal de mi madre. Un cerebro quemado volaba con alas gigantes. Un banco de peces pasó

nadando: llevaban trozos de carne de una muchacha de corta edad. Las víboras voladoras de las sanciones económicas pasaron también volando, rodeando su presa de humanos y de sueños, Luego pasó toda la ropa interior de mi mujer: unas bragas goteando sangre, otras semen, las siguientes tinta, y así sucesivamente. Pasaron mis viejos cuadernos de notas, aplaudiendo con sus tapas. Pasaron escorpiones metidos en un bote, mis camisas de verano, medicinas caducadas y cartones de leche infantil. Luego pan, con alas de mierda. Pasaron poemas, meándose encima como si fueran niños tontos. Pasaron los guardias de las fronteras que había cruzado, con sus perros salvajes. Mi hermano, el bizco, que lleva turbante de imán. Mis dedos cortados y ensangrentados, mi hija Mariana en su carrito de bebé, desfigurada porque yo la quería demasiado. Y luego mi esposa, tocando una trompeta que chillaba como un búho.

»Toda mi vida pasó, página a página; todos los líos y peripecias en los que me había visto inmerso, uno por uno. Y no pararon ni siquiera cuando cerré los ojos. El dolor y el vértigo me tenían en su poder. Las páginas continuaron pasando en la oscuridad, blancas, una tras otra».

Aquella noche Llevaron al hombre a un hospital y le pusieron en una cama. Él sonreía a su mujer y a su hija, que llevaba en la mano un hermoso ramo de flores.

—¿Por qué sonríes así, papá? —preguntó Mariam con sorpresa.

NOTAS

¹ Atribuida a Albert Camus (Nota, del autor).